

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 919.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

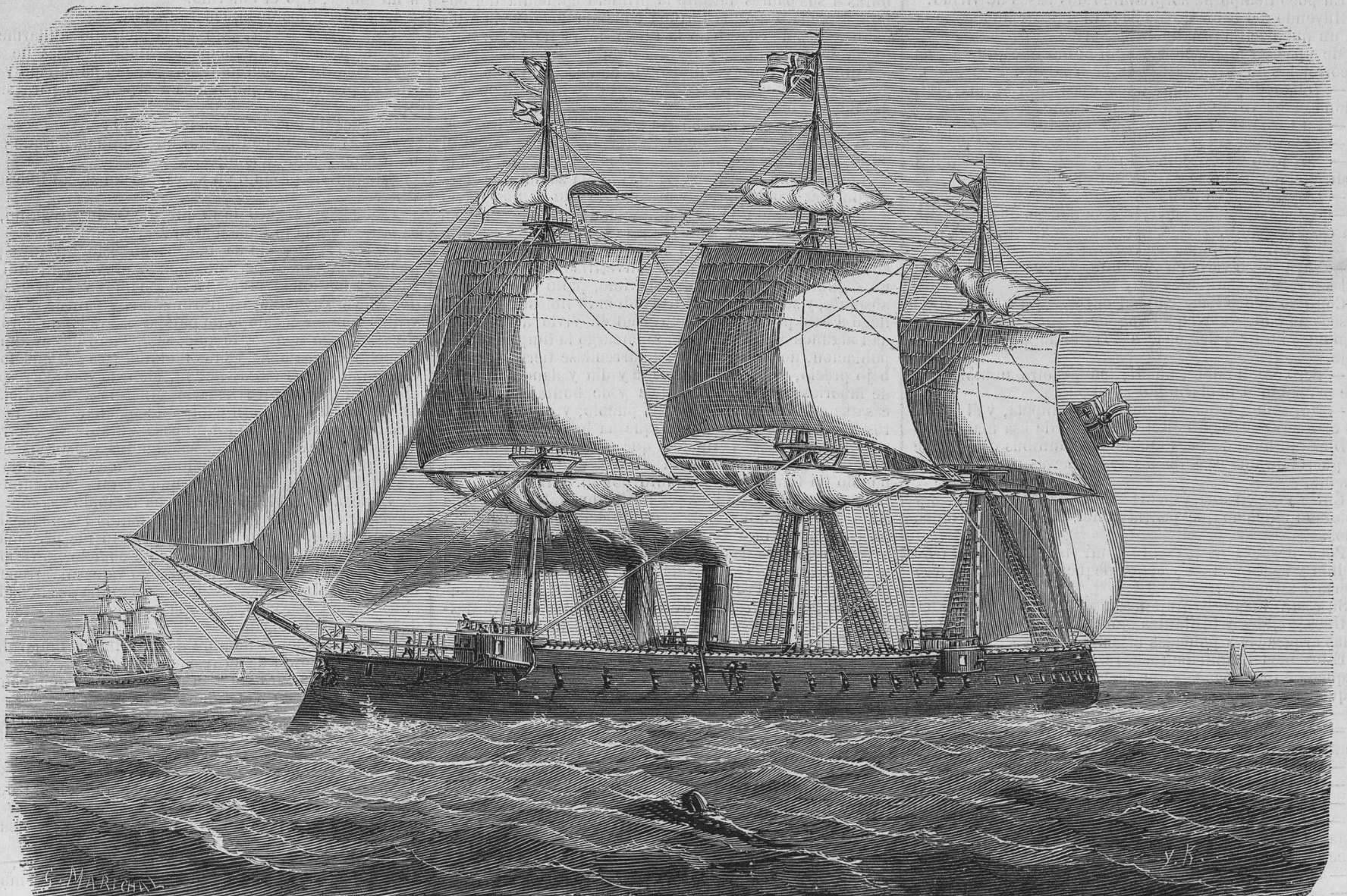
El «*Rey Guillermo*,» fragata acorazada prusiana; grabado. — Revista española. — *La Guerra Ilustrada*; grabados. — Entrada de S. M. el emperador en Metz; grabado. — Salida de la guardia nacional movilizada; grabado. — Revista de París. — Poetas líricos del siglo XIX. — La escuadra acorazada del Báltico pasando delante de Douvres; La fragata la «*Surveillante*» tomando piloto á bordo; grabado. — Tipos y fisonomías del ejército del Rhin; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Mapa del litoral prusiano del Báltico; grabado. — Material del tren auxiliar en la plaza Real de Metz; grabado. — Estado actual del puente de Kehl; grabado. — La ciudad de Luxemburgo después de la destrucción de las fortificaciones; grabado. — De Villahermosa á la China. — Tipos y fisonomías del ejército del Rhin; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## El Rey Guillermo

FRAGATA DE CORAZA PRUSIANA.

Este formidable instrumento de guerra ha sido construido en Inglaterra. Tiene su quilla 111<sup>m</sup>25 de largo, con una anchura de 18<sup>m</sup>28, y desaloja 6,000 toneladas. El *Rey Guillermo I* está revestido de una coraza de 21 cent. de gruesa, que disminuye en ciertas partes del buque, y armado con 26 cañones de acero Krupp,

que se cargan por la culata y arrojan proyectiles de 136 kilos de peso, con cargas de 35 kilos de pólvora. Las máquinas tienen una fuerza nominal de 4,450 caballos; pero pueden llegar á la de 7,000 para una necesidad de 43 millas por hora, con un consumo de 80 toneladas de carbon en 24 horas y durante un período de diez días. Este hermoso buque posee una doble quilla de hierro batido de 2 milímetros 1/2 de espesor, y cuya pared está á una distancia de 4<sup>m</sup>37 de la primera al exterior. Esta distancia se utiliza en compartimientos de carbon, de manera que es difícil, si no imposible, que un proyectil pueda atravesar al interior ni hacer ningun daño á la tripulacion, compuesta de 700 hombres.



[LA MARINA PRUSIANA. — El Rey Guillermo, fragata de coraza.

La marina prusiana se compone además de las fuerzas siguientes:

Otras dos fragatas acorazadas de 46 cañones cada una, el *Federico Carlos* y el *Príncipe Real*; la primera de 950 caballos y de 3,800 toneladas, y la segunda de 500 caballos y de 3,400 toneladas.

Dos monitores, de 4 cañones, de 300 caballos y de 600 toneladas cada uno.

Cinco corbetas, cada una de 28 cañones y de 400 caballos.

Cuatro cañoneras, que llevan juntas 62 cañones y una fuerza nominal de 4,200 caballos.

Dos avisos, el *Aguila prusiana*, 4 cañones, 300 caballos; el *Loreley*, 2 cañones, 120 caballos.

Ocho cañoneras, de 3 cañones y de 80 caballos cada una.

Catorce corbetas de segundo orden, cada una de 2 cañones y de 60 caballos.

Tres trasportes, de 50 caballos cada uno.

Un yacht real, el *Grille*.

Tres fragatas de vela, con 92 cañones.

Tres bergantines de vela, con 35 cañones.

Cuatro buques para el servicio de los puertos, 9 cañones.

Treinta y dos buques de remo, cada uno con 2 cañones.

Total: 88 buques con 454 cañones, con 42,825 toneladas y una fuerza nominal de 7,892 caballos.

Esta fuerza marítima, insignificante para hacer una guerra ofensiva, es sin embargo, muy respetable para la defensa de las costas y de los puertos prusianos en los mares del Norte y del Báltico.

Y. K.

### Revista española.

Anécdotas.—El Trompeta.—Un hombre generoso.—Una historia sentimental.—El marido de dos mujeres.—Abnegación.—El problema.—Un libro nuevo.—Poesías.—Dios pintado por un niño.

Al terminar el caloroso mes de julio, voy á distraer la atención de mis lectores con algunos episodios, hojas arrancadas del libro de la vida.

Cuando el hombre observador aparta sus ojos de la confusión que ofrece la sociedad para fijarlos en las individualidades, halla siempre ocasion de admirar en el hombre lo que tiene de la esencia divina.

En poco tiempo he sorprendido dos casos de virtud. Huyendo del calor de Madrid fui á pasar una semana en un pueblecillo próximo á la corte.

Me apeé en la estacion y subí al omnibus que debía recorrer los dos kilómetros que la separan del pueblo.

—Vengo á pasar aquí unos días, dije al mayoral, ¿dónde cree Vd. que podré hospedarme?

—En casa del Trompeta, me contestó.

—¿Tiene posada?

—No; pero suele recibir huéspedes, si los que van á pedirle alojamiento le entran por el ojo derecho.

—¿Segun eso, es rico?

—No le falta que comer, ni una docena de onzas para un caso de apuro.

—¿Y Vd. qué opina, me recibirá?

—Vaya Vd. á verle en llegando, y él se lo dirá á usted sin rodeos, porque es muy claro.

Confieso que en mi calidad de novelista, sentí vivos deseos de conocer á aquel posadero que se permitía el lujo de admitir ó desear á los que le pedían hospedaje.

—Pero ese hombre, añadí, tendrá otro nombre, no me parece bien llamarle por su apodo.

—No, señor, todos le llaman el Trompeta, y él en vez de ofenderse se alegra al oírse llamar de esa manera.

Diez minutos despues me dejó el omnibus delante de la puerta de una casa de las mas nuevas y bonitas del pueblo.

Entré y ví en una especie de zaguán á un rollizo y colorado chicuelo que podría tener de cuatro á cinco años.

Poco despues se presentó á mi vista un hombre de treinta y seis á treinta y ocho, pequeño de estatura pero fuerte y saludable.

Su rostro inspiraba franqueza.

Unos grandes y brillantes ojos negros se agitaban bajo unas arqueadas y pobladas cejas.

Estos ojos iluminaban su rostro ovalado, una nariz pequeña é imperfecta, y una boca grande pero risueña é inquieta.

—¿Qué busca Vd., caballero? me preguntó.

—No sé por qué, le dije, me parece que es Vd. la persona que busco.

—Bien puede ser.

—¿Usted es el Trompeta?

—Para servir á Dios y á usted.

—En ese caso va Vd. á ahorrarme un disgusto contestando con entera franqueza á una pregunta que voy á hacerle.

—Usted dirá.

—¿Le agrada á Vd., si ó no?

—La pregunta es extraña.

—Conteste usted.

—Pues bien, sí.

—En ese caso, dígame cuál es el cuarto en que voy á habitar los días que he resuelto pasar en este pueblo.

Acto continuo me llevó á una salita baja que tenía una alcoba, una y otra amuebladas con modestia, pero con una limpieza poco comun, y al dejarme en mi aposento:

—Me ha gustado la manera de entrar en mi casa que ha tenido Vd., me dijo: desde hoy manda Vd. en ella.

Ocho días me bastaron para conocer á fondo y admirar el carácter mas angelical que hallarse puede bajo la figura poco pulida de un aldeano.

En este tiempo presencié encantadoras escenas de familia, episodios bellísimos de amor paternal.

La esposa de mi hombre era toda una mujer de casa y todo sonreía en aquel hogar, donde podría haber hallado á un hombre feliz con camisa, y buena camisa de hilo con pechera bordada, aquel príncipe que no halló en toda la tierra mas hombre venturoso que un pobre descamisado.

Durante mi estancia en su casa, no hizo el Trompeta mas que responder con afabilidad á mis preguntas, esquivando mis insinuaciones para que me refiriese su historia.

Solo me dijo que habia servido durante catorce años en el ejército, que habia sido trompeta de órdenes, que habia tomado parte en la guerra de Africa, que habia llegado al pueblo poco menos que en la mayor miseria, y que al afecto que todos le profesaban y á su amor al trabajo, debia el bienestar que Dios le habia otorgado.

Todo esto me hizo desear mas y mas saber la historia de aquel hombre tan á propósito para figurar en el primer capítulo de una novela.

La mayor parte de los habitantes del pueblo, con una modestia excesiva, no se atrevían á hablar con los forasteros, temerosos de *sacar la pata*, como ellos gráficamente decían.

Me iba desesperado, cuando mi buena suerte quiso darme por compañero de viaje al médico del pueblo, excelente persona, á quien no olvidaré, porque al darme á conocer un alma virtuosa, halló ocasion de revelarme su buen talento y sus sentimientos generosos.

—¿Es Vd. del pueblo? le pregunté.

—No, señor, pero desempeño en él el cargo de médico.

—¿En ese caso conocerá Vd. á mi posadero?

—¿Cómo se llama?

—El Trompeta.

—Yo lo creo... ese hombre es una prueba viviente de la justicia de la Providencia.

—¿Conoce Vd. su historia?

—Como la mia.

—¿Tendría Vd. inconveniente en referírmela?

—Al contrario... es para mí un placer contarla. Ese hombre, modelo de honradez, perdió en veinte y cuatro horas á sus padres durante la primera epidemia del cólera. Heredero de una fortuna considerable, quedó á los ocho meses de edad bajo la tutela de un tío suyo, hermano de su padre. Era avaro y dominado por la pasión del dinero, se llevó el niño á una ciudad lejana, compró á una mujer y esta depositó en el torno de la Inclusa al desdichado huérfano.

—¿Pero no reclamaron los amigos de sus padres?

—Su tutor varió de domicilio, y al escribir desde el punto en donde residía, hablaba de su sobrino, dando á entender que disfrutaba de muy mala salud. Trascurrieron diez y ocho años, y al cabo de este tiempo volvió á Madrid vestido de luto y anunciando que su pobre sobrino habia muerto. Entre tanto el hospiciano se crió muy robusto en los brazos de la caridad, y á los doce años salió del Hospicio para convertirse en corneta de un regimiento. Cansado del servicio, pidió y obtuvo la absoluta, y se dirigió á Madrid pidiendo limosna, cuando llegó á este pueblo y se detuvo en él. Vivió de la caridad algunos días, el alcalde le encargó la limpieza de la poblacion, no le faltó quien le arrendase tierras á muy bajo precio, y trabajando noche y día y dando pruebas de laboriosidad, de inteligencia y de honradez, llegó á casarse con una muchacha del pueblo, y con sus ahorros han adquirido la casa en que ha habitado usted.

—¿Pero ignora la infamia que cometió con él su tío?

—No, señor: hará cosa de dos años que llegó al pueblo un forastero y preguntó por él. Era hijo de la mujer que le depositó en el torno de la Inclusa. Esta supo que al ingresar en el establecimiento le habian puesto por nombre Ramon de San Vicente, mas tarde averiguó que era trompeta en el ejército, no faltó quien le dijera que todos le llamaban con el nombre de su profesion, y la Providencia hizo por último que se supiese su paradero. Momentos antes de morir, para descargar su conciencia, declaró lo que habia pasado y rogó á su hijo que buscara al inclusero y le revelase el secreto.

—¿Y qué hizo el pobre al saber que le habian usurpado su fortuna?

—Ir á Madrid, buscar á su tío, darse á conocer y decirle: «Yo no le pido á Vd. el dinero que me dejaron mis padres: acaso con él no habria sido en el mundo tan feliz como he sido: lo que quiero es su cariño de usted, llamar á Vd. tío, tener familia, porque es horroroso ignorar á quién debe uno la vida.»

—¿Le perdonó?

—El tío, avergonzado, quiso entregarle su fortuna y los réditos: Ramon se lo impidió. «Cuando Dios le llame á Vd. á su seno, le dijo, haga Vd. lo que su conciencia le dicte, y nada mas.»

Confiesen mis lectores que en una época como la que atravesamos, y en medio de una sociedad metalizada, *el Trompeta* es un caso raro, que merece la atención que he creído justo consagrarle.

Hemos visto un caso de desprendimiento: vamos á ver otro de abnegacion sublime.

Otro viaje me ha proporcionado la ocasion de conocer á una señora de treinta y dos á treinta y cuatro años.

Estaba yo hospedado en Avila en casa de unos amigos, y una noche recibieron la visita de la señora á quien me refiero.

Una apacible tristeza reflejaba su rostro.

Un fragmento de la conversacion que entabló con la señora de la casa y sus hijas, despertó en mi alma un vivo interés.

—Vengo á despedirme de Vds., les dijo, y acaso para siempre.

—¿Cómo es eso?

—He terminado mi mision en el mundo y voy á retirarme á un convento de Francia.

—Comprendo esa resolucion, dijo la esposa de mi amigo, y admiro la grandeza de su alma de usted.

—He cumplido mi deber en la tierra: Ahora voy á buscar para mi corazón la paz que necesita.

Esta señora de admirable belleza, dulce y severa á un tiempo, llamó poderosamente mi atención.

Mi libro de estudio es el corazón humano: aquella página debía fijar mi imaginacion.

—¿Quién es esa señora? pregunté á mis amigos.

—Un ángel.

—Tal he pensado; pero es soltera, casada, ó...

—Es viuda.

—¿Y por eso busca la paz del claustro?

—No: su historia es mas dramática que todo eso.

—¿Ha sido desgraciada con su marido?

—Veo que es Vd. muy curioso, y como no sabe usted el nombre de esa señora lo callaré, pero en cambio le daré á conocer la novela de su vida. Hace doce años era la mujer mas hermosa de una capital de provincia, que no nombraré por discrecion. Hija única de un millonario, era solicitada, pero nadie conseguía arrancar á su alma un latido de amor. Un día llegó á la capital un coronel: era joven, buen mozo, de gran talento, de viva imaginacion. Desde el primer instante en que los dos se vieron, se amaron, y un año despues bendijo el sacerdote su union.

—El militar sería un calavera...

—Al contrario; á ruegos de su esposa pidió su retiro y los dos vivieron adorándose mas de nueve años. Tu vieron un hijo que murió, y á pesar de la tristeza que produjo en su alma esta pérdida, eran citados como ejemplos de felicidad, como modelos de esposos.

—Pues entonces...

—Calma, amigo mio, que ahora empieza el drama. El coronel cayó enfermo hará cosa de nueve meses, la enfermedad era grave y el médico le mandó confesar.

—Antes que al sacerdote tengo que abrir mi alma á mi mujer, dijo el enfermo.

La llamó y los dos quedaron solos.

—Voy á morir, dijo él, y necesito quitarme un enorme peso de la conciencia. Muchas veces he querido revelarte un secreto doloroso; me ha faltado valor. Hoy es preciso, porque vamos á separarnos para siempre.

Despues de una breve pausa añadió:

—Al unirme contigo fui un criminal, porque estaba casado y tenia dos hijos.

Esta noticia produjo en su esposa un efecto indescriptible.

—¿Estás seguro de lo que dices, le preguntó, no es la fiebre que te hace delirar?

—No: Dios me da fuerzas en este instante para poder implorar tu perdón. Siendo muy joven, uní mi suerte á la de una mujer, nos amamos y Dios nos dió dos hijos. Tuve que separarme de ella para ir á Africa, y allí gané en el campo de batalla el grado de coronel. Te ví al poco tiempo, te amé, se apoderó de mi alma la ambicion: eras bella y eras tambien rica; el mismo día en que oí de tus labios la confesion de que correspondías á mi amor, hice llegar á mi esposa la noticia de que habia muerto en el campo de batalla. Esto no fué difícil: no habia escrito á mi casa durante la guerra, y un amigo llevó á mi esposa algunos recuerdos míos. Para que no dudara, el mismo cómplice le prometió dar los pasos necesarios á fin de que cobrara puntualmente su viudedad, y todos los meses ha recibido esa mezquina paga, razon por la cual no ha tenido la menor duda de mi muerte. Fui un infame, pero tú me perdonarás, porque tu amor me ha impulsado á cometer tan espantoso crimen. Perdóname, y si algo vale mi arrepentimiento, continúa socorriendo á esa familia desdichada.»

La esposa perdonó, y al día siguiente cerró los ojos del desgraciado bigamo.

Antes averiguó el nombre de la primera mujer de su marido y el punto de su residencia.

Al verse sola, ordenó á su administrador que convirtiese sus fincas en papel del Estado.

Verificada esta operacion, se despidió de todos sus amigos y se encaminó á un pueblecillo de la provincia de Sevilla, en donde residían la madre y los hijos.

Lo primero que hizo fué buscarla.

No tardó en hallarse delante de una señora de su misma edad, vestida de luto.

Su rostro denotaba un profundo pero tranquilo sufrimiento.

Dos niños, de doce años el uno, de once el otro, pobremente vestidos, acompañaban á aquella infeliz mujer.

—¿Es Vd. Fulana de Tal? le preguntó.

» — Sí, señora.  
 » — ¿Es Vd. viuda?  
 » — Sí.  
 » — ¿Dónde murió su esposo de usted?  
 » — En la guerra de Africa.  
 » — ¿Qué era entonces?  
 » — Capitan.  
 » — Pues bien, señora, tengo que hablar á Vd. á solas.

Los dos niños se retiraron por órden de su madre.  
 » — Ante todo, dijo la señora, ¿el luto que lleva usted, es por su esposo?  
 » — Sí; hace diez años que murió, pero nada habrá en el mundo que borre su recuerdo de mi alma.  
 » — Yo también llevo luto por él.  
 » — ¡Usted!  
 » — Sí.  
 » — ¿Le conoció Vd.? ¿Es Vd. de su familia?  
 » — Amiga mía, valor... tengo que hacer á Vd. una revelacion dolorosa. Su esposo de Vd. no murió en la guerra, ha fallecido hace dos meses.  
 » — Eso no es posible.  
 » — Lo es, por desgracia para Vd. y para mí.  
 » — Cobro la viudedad.  
 » — El se la ha enviado á usted.  
 » — Un amigo suyo me refirió los horrorosos detalles de su muerte.  
 » — Fué su cómplice en el engaño.  
 » — ¡Oh! por piedad, no destroce Vd. mi corazón.

La señora refirió á la infeliz todo lo que habia sucedido y las dos lloraron.

» — Desde hoy, dijo la segunda esposa, somos hermanas: yo no tengo la culpa de haber robado á Vd. la felicidad, y sin embargo, es Vd. madre, aun puede ser dichosa, y yo no espero mas ventura en el mundo que la de poder labrar la dicha de Vd. y de sus hijos. Soy rica y no necesito mas que la humilde celda de un convento para aguardar el término de mi vida. Toda mi fortuna es para sus hijos de Vd. Esta carta de pago espedida á nombre de Vd. por la Caja de Depósitos, es una donacion de dos millones. Perdonemos al esposo y realicemos los deseos del padre.»

La viuda no quiso aceptar; pero al fin los ruegos y las lágrimas la vencieron.

Las dos se abrazaron y se amaron.

Todos se trasladaron á Madrid, y allí han vivido hasta que la generosa protectora de los huérfanos, ha partido al convento donde se propone hallar en la oracion el consuelo que necesita.

Tal es la historia ejemplar de aquella señora.

En una época como la que atravesamos, los dos ejemplos que acabo de citar son un rayo de luz en medio de las tinieblas.

Que lleve algun calor al helado corazón de los escépticos.

Tenemos en Madrid una embajada China.

Los diplomáticos del Celeste Imperio son objeto de viva curiosidad por parte del público y de grandes agasajos por parte del gobierno.

El regente los ha recibido en la Granja, donde se han apurado todos los recursos para deslumbrar á los discípulos de Confucio.

Como todos los extranjeros, han comprado navajas, mantas jerezanas y castañuelas.

Estos objetos son para ellos tesoros inapreciables.

La sociedad elegante de Madrid, se ha dado cita este año en San Sebastian. Allí se encuentran las esposas del regente, de Prim y de Topete. El paseo de Zurriola es por las tardes una espléndida exposicion de trajes, adornos y piedras preciosas.

Por las noches están llenos los salones del palacio Judo, el Kurssall, el Teatro y el Circo.

Puede calcularse que los forasteros dejan 20,000 duros diarios en la capital.

Los hoteles están atestados de gente, y los que llegan tienen que volverse ó seguir adelante porque no encuentran donde hospedarse.

A pesar de la alegría, de las diversiones, en una palabra, del reinado del placer, todos presienten que la solucion del problema de España se acerca y que ha de traer lágrimas y sangre.

Dios quiera que todos se equivoquen.

Mientras que estos falídicos sucesos se producen, admiremos la última obra del distinguido ingeniero don Meliton Martin, *la Leyenda del trabajo*. No es posible hacer con mayor maestría la apoteosis del trabajo, de ese rey de las sociedades modernas.

Recomiendo eficazmente este libro á los que quieran saber dónde está el verdadero porvenir de los pueblos del siglo XIX.

También recomiendo las poesías que acaba de reunir y publicar el poeta alavés Obdulio Perea.

Y para que se vea cuán justa es mi recomendacion, voy á arrancar dos flores de este precioso ramillete para ofrecérselas á mis lectoras.

Lean Vds. lo que al poeta inspira *la Caridad*.

Esta composicion la escribió Perea cuando las inundaciones del Júcar hicieron á Valencia pedir auxilio á las demás provincias de España.

Dice así:

Há cortas noches quedé dormido  
 Al blando influjo de la oracion,  
 Y en breve instante traje á mi oido  
 Suaves acentos alma vision:

— Vaso de flores, clamé, extasiado,

Erguida palma, rosa de abril,  
 Nardo oloroso, clavel rizado,  
 Blanca azucena, lirio gentil:

No te conozco, vision querida,  
 Cuál es tu origen tampoco sé:  
 Si mujer eres, te doy mi vida,  
 Si eres un ángel, te doy mi fe.

¿Quién eres, dime, plácida aurora,  
 Que al sol escedes en claridad?  
 ¿Quién eres, dime, dulce señora?  
 — Soy, respondiome, LA CARIDAD

Abrió sus labios: no dan las flores  
 Esa fragancia que yo sentí;  
 Cual un concierto de ruseñores  
 Su acento puro continuó así:

— Sentidas frases no me enamoran  
 Sin los arranques del corazón;  
 Oye el lamento de los que lloran  
 Y alivia el peso de su afliccion.

La Providencia males envia  
 Para inducirnos á hacer el bien.  
 Tal es su mente, yo quien lo fia,  
 Que llave de oro soy del Eden.

Existe un pueblo de limpia historia  
 Que es indomable por su valor;  
 Y de sus hechos aun la memoria  
 Entre los moros siembra el terror.

Valencia ha sido de las Españas  
 Un decantado, rico vergel;  
 Ha sido un libro de cien campañas  
 Escrito en letras de oro y laurel.

Los que nadaban en la opulencia  
 Se hallan sumidos en la horfandad;  
 Hoy á Vitoria llama Valencia;  
 No en vano implore su caridad.

Dijo, y partiendo la vision pia,  
 Su nube de oro tras ella fué,  
 Volvió á su cárcel el alma mia  
 Y al mismo tiempo me desperté.

Quedó en mi pecho su aroma suave,  
 Dejó en mi oido grato rumor,  
 Como el concierto que forma el ave,  
 Como el perfume que da la flor.

Al lado de esta linda florecilla campestre, aparece la picante acedera, y este cuentecillo va á demostrarlo.

— Teniendo ya cinco años,  
 Dime, padre ¿por qué  
 Me alejas de tu mesa  
 Si vamos á comer?  
 Con mi niñera como  
 En el rincón aquel,  
 Que miras con el lindo  
 Servicio de café;  
 Mas hoy que á nadie esperas.  
 Que no tienes con quien  
 Tratar en la comida  
 Asuntos de interés,  
 Me alejas de tu mesa  
 No sé, padre, por qué.  
 — Que un niño entre mayores  
 Se mezcle, no está bien;  
 Hasta que tenga barbas  
 No deben, no, comer  
 Los niños, con personas  
 De juicio y sensatez.  
 Llorando el pobre chico  
 A su rincón se fué;  
 Mas viendo en esto al gato,  
 Su camarada fiel,  
 Le dijo incomodado  
 Dándole un puntapié:  
 — Tú, que tienes bigotes  
 Vete á comer con él.

¿Puede darse algo mas donoso?  
 Pues sí, lo hay.  
 Justamente paseaba yo hace dos noches con un niño.  
 El cielo estaba encapotado.  
 De pronto exclama el niño:  
 — ¿Sabes lo que digo?  
 — ¿Qué, pimpollo?  
 — Que Dios debe tener mucho miedo.  
 — ¡Miedo! ¿y por qué?  
 — Porque está á oscuras.  
 — No lo creas.  
 — Te digo que sí... ¿No ves que se han apagado las estrellas?

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de julio de 1870.

### La Guerra Ilustrada.

Llegada del emperador á Metz. — La escuadra acorazada del Báltico. — Tipos y fisonomías del ejército del Rhin. — El puente de Kehl. — La ciudad de Luxemburgo. — Mapa del litoral prusiano en el Báltico.

La llegada del emperador Napoleon á la plaza fuerte de Metz, despertó, segun nos escribe el autor de nuestro dibujo, el mayor entusiasmo.

Esperaban á S. M. en la estacion, el prefecto del departamento, los funcionarios civiles, los mariscales Lebœuf y Bazaine, etc.

El emperador tomó asiento en el coche con el mariscal Lebœuf, y el carruaje iba precedido y seguido de los cien guardias. En otro coche estaban el príncipe imperial y el príncipe Napoleon. La comitiva recorrió el tránsito en medio de las aclamaciones. S. M. y S. A. I. sufrieron un bombardeo de ramilletes que caian de todas las ventanas.

Hé aquí la lista oficial de la servidumbre:

Los generales de Reville, de la Moskowa, Castelnau, de Vaubert, de Genlis, Reillé, Fave, Pajol, Canu, ayudantes de campo de Su Majestad.

El general Courson de la Villeneuve, ayudante general.

Los capitanes Nepp, d'Hendecourt, Dreigase, de Mercourt y de Treceson, oficiales de órdenes.

El vizconde Lepic, aposentador de palacio.

El coronel Tascher de la Pagerie, aposentador general.

El conde Devilliers de Saint-Jean d'Angely, primer caballerizo.

MM. Raimboux, Suarez d'Aulan y de Massa, caballerizos.

Los médicos Conneau, Corvisart y Larrey.

M. Franceschini Pietri, secretario particular, y el vizconde Daru, correo de gabinete.

La servidumbre del príncipe imperial se compone de:  
 El comandante Larrey, capitán Clary, ayudantes de campo.

MM. Baehen y d'Aure, caballerizos.

\* \*

Los pilotos ingleses han encontrado la escuadra francesa del Norte en Dungeness, y el cutter el *Deal* se dirigió al buque del vicealmirante Bouet-Willaumez. Echaron una amarra, y los pilotos entraron á bordo de la *Surveillante*, y ofrecieron sus servicios á la escuadra.

El almirante no parecia dispuesto á aceptar; pero por fin se decidió á tomar á su servicio á M. Crowhurst, que guió la escuadra hasta los Galloppers, á corta distancia de Ostende, en donde la dejó que continuara al Norte.

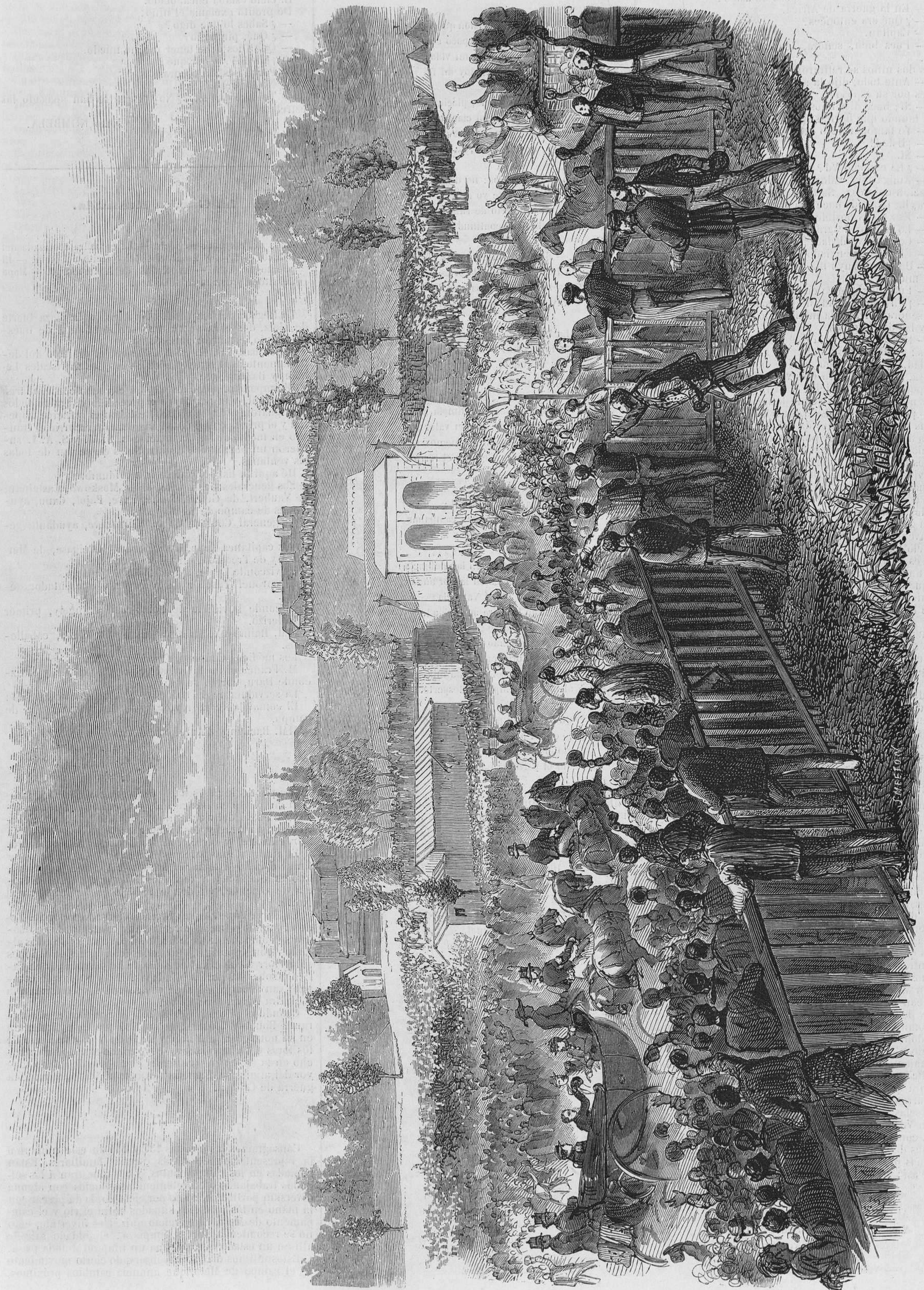
La *Surveillante* es un hermoso buque acorazado. Todo el mundo á bordo parecia muy contento. La escuadra se compone de siete buques acorazados, de ellos algunos con espolón, y armados con gruesos cañones sobre torres colocadas encima de las baterías, y en saliente sobre las partes blindadas. Estos buques de combate van acompañados de cuatro avisos, que forman la escuadra ligera.

Cuando el piloto inglés dejó la *Surveillante*, el almirante Bouet-Willaumez le suplicó que cumplimentara en su nombre al almirante sir Sydney Dacres, uno de los lores del almirantazgo, cuyo conocimiento habia hecho en la época en que servia como jefe de estado mayor del almirante Hamelin, en el mar Negro, durante la guerra de Crimea.

\* \*

Consagramos las páginas 137 y 144 de este número á la representacion de varias escenas familiares. Están copiadas en los campamentos, y nos muestran á los soldados trabajando ó entreteniéndose sus ocios con alguna diversion particular, como por ejemplo, la de pescar con la mano en los pantanos situados entre el rio y el campamento de Metz. El ejercicio quizás es divertido, pero no se recomienda por su limpieza: el soldado sale de allí en un estado que reclama un limpión á toda prisa.

Estos últimos días se ha observado cierto movimiento en el campo de Metz, que anuncia cambios próximos.



LA GUERRA. — Entrada de S. M. el emperador en Metz.



MOR EL FAVEILLE

Dauget

LA GUERRA. — Salida de la guardia nacional movilizada. — La despedida en el camino de hierro.

Todo el mundo se prepara: se arregla la ropa, se reúnen víveres, se fabrican gabiones, con los preparativos de la entrada en campaña.

El mismo corresponsal dice, que á su vuelta del campamento, encontró la plaza Real de Metz llena de carretas, de montones de sacos y de hombres jóvenes y viejos que llevaban en su sombrero de fieltro ó en su gorra un letrero que decía: *tercer cuerpo, tren auxiliar*.

Lo mismo los hombres que los animales, estaban rendidos de cansancio. Habían salido la víspera de Verdun con cargas de arena. Los mozos carreteros son guardias móviles, que harán así su servicio hasta el fin de la guerra. Como su número era insuficiente, han debido sortearlos entre los labradores que tienen carretas.

La escena de que habla el corresponsal, se ve representada en la página 140.

De Estrasburgo hemos recibido una vista del puente de Kehl, que han hecho saltar los badenses.

Nuestros lectores podrán ver así, cómo se encuentra en el día aquel famoso y bonito puente.

La explosión tuvo efecto á eso de las cuatro de la tarde, con un ruido extraordinario. Una densa nube de humo y de polvo invadió el cielo, y cuando se disipó, se vió el tablero giratorio de la cabeza del puente badense que yacía en la orilla y dentro del Rhin.

Toda la población de Estrasburgo ha ido á presenciar el espectáculo de este acto de destrucción bien inútil.

Quando hablamos de la ciudad de Luxemburgo, á propósito de los sucesos de 1867, publicamos varios dibujos que la representaban antes y después de haber sido desmanteladas sus fortificaciones. Hoy nuestro corresponsal nos envía otro dibujo de la misma ciudad, una vista de la brecha hecha en las fortificaciones para dar paso á la calle María Teresa.

Sabido es que el Luxemburgo no está guardado hoy sino por las tropas del país, y que la Francia y la Prusia han prometido respetar la neutralidad del gran ducado, lo mismo que la de Bélgica.

Nuestros lectores hallarán en la página 139 un mapa del litoral prusiano en el Báltico, sobre el cual daremos aquí algunas explicaciones.

Vamos á hacer un viaje ideal por las costas que puede visitar la escuadra francesa.

Saldremos pues, de Cherburgo, atravesaremos la Mancha y el Paso de Calais, pasaremos delante de Dunkerque, dejando á la derecha Ostende, y luego las anchas bocas del Escalda, que conducen á Amberes, y prolongaremos las costas bajas de la Zelanda, de la Holanda y de la Frisa, que la mar invadió tan terriblemente en diversas épocas, sobre todo en el siglo XIII, cuando formó los golfos del Zuider-Zee y del Dollart.

En Dollart comienza la costa alemana del mar del Norte, lleno de bancos de arena, de islas bajas, de diques y de *polders*, que exigen mucha prudencia por parte de los pilotos.

Estamos en Hanover, y el primer puerto que encontramos es Emden, á la embocadura del Ems; un poco más lejos, en el gran ducado de Oldenburgo, se presenta la bahía del Yahde, en la que la Prusia funda grandes esperanzas: compró al Oldenburgo la entrada por las dos orillas, y ha dispuesto en Heppens, para su marina de guerra, un puerto considerable, llamado puerto de Guillermo.

La embocadura del Weser que está allí cerca, conduce á Bremerhafen, á Vegesack y á la gran ciudad de Brema, tres puestos que componen la república de Brema.

La embocadura del Elba, en la cual entramos después frente á Cuxhaven, puertecillo hamburguense, es el camino de Hamburgo, el gran puerto de comercio de Alemania, á cuya proximidad se encuentra Altona.

Subiendo más el Elba penetramos entre Hanover y el Mecklenburgo, y luego entre el Brandeburgo y la provincia de Sajonia, que son el corazón del reino de Prusia. Pero en medio de esta última provincia está la plaza fuerte de Magdeburgo.

Volvamos al mar y circulemos por el laberinto de islas y bancos de la costa del Holstein y el Slesvig, para dar después la vuelta á la Jutlandia, país dinamarqués, donde quizás podría operarse un desembarco.

Luego se llega á las islas dinamarquesas de Seelandia y de Fionia, donde hay tres estrechos para penetrar en el Báltico; el más seguro y frecuentado es el Sund, que separa Seelandia de Suecia y que baña Copenhague.

Prolongando la costa oriental de Jutlandia se encuentra el Petit-Belt, la importante fortaleza de Fredericia, los puertos de Hodersleben y Apenrade, y la isla de Als (Alsen), donde los prusianos han comenzado grandes fortificaciones, como en Duppel, que está en la costa contigua.

Luego aparecen el puerto de Flensburgo, el largo

brazo de mar llamado Slie, el excelente puerto de Eckernförde y el de Kiel, tan fortificado en estos últimos tiempos.

Siguiendo nuestra correría por el Báltico, echaremos una ojeada á Travemünde y Lubeck, y sin detenernos en las costas de Mecklenburgo, llegaremos en seguida á sus posiciones capitales, marcadas por las embocaduras del Oder, del Vístula y del Niemen.

Al noroeste de la embocadura del Oder, está la isla de Rugen que la Prusia convierte en una de sus principales estaciones militares. Enfrente se halla la gran plaza fuerte de Straslund.

Sobre el ramal occidental del Vístula está Dantzig, plaza muy fuerte, que es preciso tomar para subir el río.

En el Niemen no se penetra sino por el paso de Memel, defendido por obras que quizás no son inexpugnables. Una vez allí se encuentra el río que baña Tilsit, que recuerda el tratado de 1807 y la brillante entrevista de Napoleón I y de Alejandro de Rusia.

Nuestro viaje está terminado, y con él el mapa que publicamos será más fácilmente inteligible.

R. S.

### Revista de Paris.

Paris continúa entregado á la febril agitación que ha comenzado con la guerra. La única ocupación es leer y comentar los partes que llegan del teatro de los sucesos. Cada uno de estos despachos da lugar á interminables explicaciones por parte de los estrategistas de la vía pública. Por las noches principalmente, este movimiento toma proporciones extraordinarias. En vano se ha proclamado el estado de sitio, y la autoridad militar ha prohibido que se reúna gente en las calles; los bulevares están invadidos por una multitud ansiosa de saber noticias.

Así sucede, que en torno de los kioscos donde se venden periódicos que publican ediciones incesantes, toda circulación es imposible. Se arrancan los diarios de las manos, y á la luz de los faroles, se improvisan lecturas que conmueven y agitan á las masas. De día el centro noticioso es la Bolsa. Desgraciadamente, no siempre lo que se dice en la Bolsa tiene un carácter verídico, y el sábado último hemos podido convencernos de que los informes de la especulación deben acogerse con desconfianza.

De repente circula en Paris la nueva de una gran victoria, nueva que sale de la Bolsa.

El triunfo había sido completo: se habían hecho muchos miles de prisioneros, se habían cogido no sabemos ya cuántos cañones.

El alborozo se pintaba en todos los rostros; se adornaban con banderas las casas del bulevar y se preparaban las iluminaciones. En todo Paris se supo en un instante: cada cual dejó su ocupación, y hasta se suspendieron las audiencias en el Palacio de Justicia. En todas partes se cantaba la *Marsellesa*, y era como un coro inmenso, cuyos ecos se cruzaban por calles y plazas.

¿Qué más? El telégrafo difundió la noticia por las capitales de los departamentos, y no hubo ninguna de ellas que no la celebrase como Paris la celebraba.

Y sin embargo, una hora después resultaba que la noticia en cuestión, era un efecto de culpables maniobras, era una invención de algún especulador que había creído sin duda hacer con ella su fortuna.

La reacción fué igual á la acción, y todo el mundo clamaba contra el que se había atrevido á convertir en juguete el patriotismo de la Francia.

Inmediatamente el oleaje popular, alborotado y crecido con los que acudían á enterarse de la verdad del caso, subió la escalinata del edificio, penetró en la sala y arrastró en su invasión el recinto guardado por una verja que se halla en el centro, donde los agentes de cambio hacen las operaciones bursátiles.

Pero esto no podía satisfacer á aquella muchedumbre exasperada.

Unos pedían que se cerrara la Bolsa mientras duraba la guerra, otros se dirigían al ministerio de la plaza Vendôme, y el jefe del gabinete salió al balcón y pide á la multitud que se calme, al mismo tiempo que pone en su noticia que el autor de la falsedad está preso y recibirá el castigo que la justicia le imponga.

¡Día triste en verdad fué el sábado, que había comenzado con tan felices auspicios!

Por la noche llegaban los informes más contrarios. El cuerpo de ejército del general Mac-Mahon ha sufrido «un serio descalabro» decía el parte oficial, y seguidamente se tomaban medidas con urgencia.

Una de ellas es la defensa de Paris, que á la hora en que escribimos está asegurada.

Los fuertes sueltos y la muralla del recinto se cubren de cañones: todos los hombres válidos que no están con las armas en la mano, como voluntarios, como guardias móvi-

les ó guardias nacionales, se apresuran á poner manos á la obra.

Este inmenso recinto tiene un circuito de veinte y cinco leguas, y dícese que basta para defenderle con cuarenta mil hombres. Para el asedio de Paris se necesitan, cuando menos, doscientos mil soldados.

Entre tanto se llama á las armas á todos los hombres de veinte á treinta años para la guardia móvil, y de treinta á cuarenta para la guardia nacional sedentaria.

El ministro de la Guerra en el preámbulo del decreto de armamento presentado á la emperatriz Eugenia, calcula de esta manera las fuerzas de la Francia:

«La guardia nacional defenderá las murallas de Paris, que habrá contribuido á hacer inexpugnables; 40,000 guardias nacionales reunidos á la guarnición actual, serán más que suficientes para hacer una defensa activa contra un enemigo que forzosamente ha de diseminarse en un radio inmenso.

» La defensa está asegurada; pero hay otro punto esencial, y es el de llenar los vacíos que se han hecho en el ejército.

» Con el concurso de las tropas de marina, con los regimientos aun disponibles en Francia y en Argelia, con los cuartos batallones de los 100 regimientos de infantería completos hasta 900 hombres; incorporando los guardias móviles y formando, en fin, con una parte de la gendarmería regimientos que constituirán una tropa escogida, se puede fácilmente poner en campaña 150,000 hombres.

» Por otra parte, la quinta de 1869, cuyos mozos deben ingresar del 8 al 12 del corriente en sus respectivos cuerpos, dará 60,000 hombres, que dentro de un mes serán verdaderos soldados.

» Así, sin enumerar lo que pueden dar la caballería, la artillería, el cuerpo de ingenieros y las demás armas, se puede disponer inmediatamente de 150,000 hombres, y más tarde de 60,000 para salir al encuentro del enemigo.

» Pero en esta lucha también podrán tomar parte la guardia nacional móvil y las compañías de tiradores, cuya organización se prepara; serán 400,000 hombres. Por último, contando también la guardia nacional sedentaria, la Francia puede armar hasta dos millones de defensores; sus fusiles están prontos y aun quedará un millón de repuesto.»

En vista de tales recursos, no hay motivo para desanimarse por un descalabro parcial que se haya sufrido en el teatro de la guerra; y así sucede que en los departamentos, como en Paris, los hombres válidos se apresuran á tomar las armas para la defensa de su territorio.

Aunque nada de lo que no tiene relación con la guerra interesa en el día á los parisienses, debemos hacer una excepción para dar cuenta aquí de una triste ceremonia que se ha efectuado el lunes último en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Era el entierro de M. Prevost-Paradol, el enviado de Francia en los Estados Unidos, de cuyo trágico fin hablamos á nuestros lectores la última semana.

Las primeras noticias enviadas por el cable trasatlántico, no dieron á conocer con exactitud tan desgraciado suceso, y hoy, mejor enterados por la relación que ha publicado el *Journal des Débats*, rectificaremos aquellos informes.

Parece ser que el martes 11 de julio M. Prevost-Paradol se retiró á su cuarto á la hora acostumbrada, llamó á su ayuda de cámara, cuando estaba para acostarse, y le dijo:

— Augusto, no te olvides de despertarme mañana muy temprano.

— Muy bien, señor: ¿á qué hora?

— A las cinco.

— Está entendido, contestó el criado al retirarse.

Uno ó dos días antes, M. Prevost-Paradol había dicho al mismo ayuda de cámara:

— Augusto, mi maleta que ves aquí contiene papeles importantes. Me vas á prometer que si me sucede alguna cosa, cuidarás de ella.

— Está bien, señor, lo prometo.

También le dijo se acordara de que todo su dinero estaba en el neceser, y que se lo decía siempre por la misma razón, por si le sucedía algo.

El cuarto del ayuda de cámara comunicaba con el de M. Prevost-Paradol, y en el piso de encima ocupaba otro cuarto María Walter.

A la una de la madrugada, el ayuda de cámara se despertó con la detonación de una pistola, y habiéndose levantado al punto, oyó que su amo le llamaba con voz débil.

Augusto corrió al cuarto de su amo, y encontró á este de pie en medio de la habitación, mirándose á un espejo, y con la cabeza inclinada.

Así que advirtió su presencia, M. Prevost-Paradol le preguntó:

— ¿Has oído?

— Sí, señor, contestó el ayuda de cámara.

— Ha sido el ruido de un pistoletazo.

— Seguramente; pero ¿dónde?

— En la casa contigua, contestó M. Prevost-Paradol.

Viendo Augusto que su amo estaba pálido y muy agitado, le preguntó si quería alguna cosa que bajaría á buscarla; pero en aquel mismo instante, M. Prevost-Paradol vaciló y cayó contra la chimenea.

Augusto corrió á él y trató de levantarlo, lo que no consiguió, y rendido por el peso, le dejó caer en el suelo.

Entonces la criada María Walter, que también se levantó al ruido del pistoletazo, entró en el aposento, y vió á su amo tendido, y que apenas respiraba.

— Bajemos á buscar agua y vinagre, dijo Augusto.

— ¿Qué tiene? preguntó la doncella.

— Un desmayo.

Dejáronle los dos para ir á buscar vinagre á la cocina, y entonces observó Augusto por primera vez que tenía sangre en la ropa.

María, dijo á la jóven, mirad esta sangre; M. Paradol se ha disparado un tiro ó se lo han disparado.

Tomaron el agua y el vinagre, se fueron al cuarto de su amo y le hallaron que estaba como espirante.

Con su mano derecha en el lado izquierdo del pecho, comprimía su camisa sobre la herida como para contener la sangre que brotaba abundantemente.

Un instante después movió un poco la cabeza y dejó caer su brazo: había espirado.

El canciller de la embajada dió también algunos pormenores sobre el triste acontecimiento.

Dijo que algunos días antes, le había entregado un papel recomendándole que no le abriese, á menos que le sucediera alguna cosa extraordinaria.

También le pidió que le acompañara á comprar una pistola, y como le preguntara qué quería hacer con ella, se puso tan irritado que no se atrevió á decirle una palabra más.

Luego no supo nada, hasta que el ayuda de cámara le anunció que M. Prevost-Paradol se había suicidado.

Entonces abrió la carta, y al mismo tiempo otra que le entregó Augusto, y en la cual decía lisa y llanamente que se había quitado la vida, sin expresar los motivos.

El canciller de la embajada había observado que hacia días M. Prevost-Paradol le producía un efecto muy singular: parecía que estaba descontento de su posición oficial, ó mejor dicho, que era para él una carga insostenible.

Tales son las noticias del diario ya citado.

Ahora añadiremos que á sus funerales han asistido muchos de los periodistas de París, con varios académicos y funcionarios públicos, distinguiéndose entre la asistencia M. Whasburne, ministro de los Estados Unidos.

M. Jules Sandeau, con su elocuencia de costumbre, ha pronunciado algunas sentidas palabras sobre la tumba de Prevost-Paradol, cuyo trágico fin ha conmovido tan profundamente al mundo de las letras.

Nada tenemos que decir de los teatros.

París no está para fiestas en la actualidad, y las empresas teatrales, conociendo que todo aliciente sería inútil, no hacen esfuerzo alguno para dar interés á las funciones, que tienen efecto con una ausencia casi completa de espectadores. Solo las diversiones al aire libre atraen alguna concurrencia en los Campos Elíseos, cuyos « cafés cantantes » ofrecen todas las noches un animado espectáculo.

MARIANO URRABIETA.

## Poetas líricos del siglo XIX.

### LEOPARDI.

(Conclusion. — Véase el número 918.)

Leopardi tuvo la resignación de exhalar en dulces lamentos lo que á otro le hubiera arrancado acerbos imprecaciones. Murió puro como un santo que cumple sus votos de castidad: su erotismo cerebral se sació con la posesión de la amorosa idea; su virilidad estaba en la frente, su fecundidad en su sobrehumano ingenio: por eso murió llevando al sepulcro la virginidad augusta de su cuerpo intacto, y al que solo el dolor había dado sus mortales abrazos.

Como los rayos de la luna embellecen la desolación de una ruina, el rayo de la amorosa melancolía dulcifica y poetiza las ruinas del corazón de Leopardi. En cambio, hay siempre un acento triste que resuena en todos sus cantos, un ¡ay! doloroso que domina sus melodías, semejante á esa nota continua de las zamponas que une su lúgubre son á los alegres aires pastoriles. El lamento es el arpegio en tono menor acompañando los cantares fúnebres de este músico que solo posa sus dedos sobre las negras teclas del dolor.

Léanse, si no, sus más alegres y descriptivas poesías, y en todas, como la firma en un cuadro, se hallará un quejido que revela al autor, un rasgo característico de su desesperada filosofía. En el precioso y animado idilio *el Sábado de la aldea*, verdadero paisaje donde la pluma adquiere la fuerza y colorido del pincel, nos dirá que la felicidad, como el sábado de una aldea, es un domingo, un día de fiesta esperado con alegre impaciencia, y que después solo deja el dolor de sus fugitivos goces. En la pintoresca poesía *la Calma tras la tormenta* nos recordará que, así como la calma es bella

porque cesa la tempestad, así en la vida el placer es solo consecuencia del dolor pasado: respirar del dolor es nuestra única y momentánea ventura. En el gracioso y melancólico canto *el Pájaro solitario*, al pintar el apartamento de una avecilla solitaria, verá en ella la más perfecta imagen de su propia existencia, que se consume en el apartamento de todos los goces juveniles.

Conforme la antigüedad mitológica poblaba de seres fantásticos los elementos, la tierra de gnomos, el fuego de salamandras, de silfos el aire y las aguas de ondinas, diríase que hay genios nacidos en el mar de las lágrimas, en el negro elemento del dolor. Leopardi fué uno de estos genios: su lírico sollozo fué la sublime expresión de su extraña naturaleza.

El pesimismo filosófico llevó á Leopardi al pesimismo político que estalla en su *Palinodia*, sátira en que flagela con punzante ironía á su siglo. La misma tiranía de la naturaleza le parece verla reproducida bajo todas las formas sociales; creyendo á esa naturaleza y al destino superiores al esfuerzo humano, niega el progreso, olvidando los triunfos del hombre sobre la materia y los incontestables adelantos morales; se burla de la economía política, no teniendo en cuenta que, en medio de sus errores, esta ciencia trata de remediar las miserias *materiales* de la vida, cosa importante para todo moralista, pero en particular para quien, con Leopardi, no crea en otra vida más perfecta que la mundana. El periodismo lleva también su correspondiente latigazo, como si en medio de sus extravíos no destruyese la ignorancia social, predisponiendo á las muchedumbres al advenimiento de las verdades y á las conquistas de la alta ciencia. Al atacar al positivismo contemporáneo, ¿cómo no consideraba Leopardi que ese positivismo es la única guerra posible contra la implacable naturaleza y el destino, la única que puede hacernos casi vencedores de tan poderosos enemigos? Además, el positivismo ¿no es la derivación lógica de su filosofía negativa? Leopardi, al despoblar al cielo, hace legítimo el pleno dominio de la tierra. Al ridiculizar el incrédulo satírico la charlatanería de su generación, ¿no presentía que la otra generación, entonces naciente, había de coger *di cotanto favellare il frutto*, pues aquella charla era el germinar de las ideas redentoras de su patria, y de otras ideas que han llevado á este siglo tan calumniado á la conquista de grandes é innegables glorias, que, aun en medio de sus errores y vicios, le colocan más alto que cuanto la historia registra en sus antiquísimos a.ales?

### VII

Ha dicho el poeta Young que hay perlas en el torrente de la aflicción. Preciosísimas son las del afligido poeta de Recanati; las treinta y seis admirables canciones que constituyen el tesoro de su poesía. Ellas no son solo la expresión de un alma superior y de un altísimo pensamiento, sino que son la obra exquisita, consumada, perfecta, de un incomparable artista.

La forma acabada, la corrección llevada á su más alto grado, la galanura, suavidad y elegancia, unida á una sencillez inimitable y á una sonoridad melódica, dan á los versos de Leopardi un valor y un encanto, cuyo secreto pocos poetas han conocido como él. La melodía de su rima proviene más que de la consonancia silábica, de una distribución especial y artística de las palabras. No es el metro ni el consonante lo que deleita el oído; parece como que cada verso lleva en sí mismo una consonancia propia é independiente de los demás, y su entonación, su timbre, es efecto de una espontánea expresión rítmica de las ideas que le hacen brotar. Grave error comete Alfredo Musset en sus sentidos versos en elogio de Leopardi, al decir que este no usaba la rima, cuando precisamente en el arte con que la emplea, revela su maestría de gran versificador. Coloca las consonancias tan armónicamente distantes, y con tan discreta sobriedad, que, casi sin advertirlo el oído, la armonía penetra en el sentido y le acaricia. Las censuras oportunas, las trasposiciones naturales y graciosas, la estructura de sus versos sabios, esmerados, flexibles, pero flexibles como el acero bien templado que se dobla y no se rompe, robustos sin esfuerzo, rotundos sin énfasis, amenos sin follaje, sonoros sin palabrería, naturales sin bajeza, sencillos sin vulgaridad, todo esto demuestra que el artista estaba á la altura del poeta, como el poeta al nivel del pensador. La poesía de Leopardi es tan esmerada, tan brillante y pulida que acusa el empleo constante de la lima, corrigiendo minuciosamente hasta los más mínimos defectos, como el escultor pule el mármol de su estatua más preciada.

Leopardi sabe siempre buscar la expresión más adecuada, natural y viva de la idea ó afecto que le domina. Su melancolía no solo se refleja en sus versos, como la luz en acero bruñido, sino que vibra y resuena en sus tristes estrofas, penetrando en el corazón. Si tratásemos de explicar la causa, el secreto de la emoción dulce, de la fascinación que ejercen los versos de este poeta, sería imposible. ¿Sabe alguien la razón de por qué en música dos notas inmediatas hacen fina disonancia, y dos terceras y una quinta forman un acorde? ¿Sabe alguien por qué los tonos en bemoles son tan penetrantes y patéticos? ¿Puede alguien dar la explicación científica de por qué ciertas melodías llegan más al fondo del alma que otras? Pues del mismo modo en la poesía, que es la música de la palabra, la armonía del pensamiento, solo el gran poeta posee, por instinto, por inspiración, el secreto precioso de la armonía y la

pureza, que fuera en vano pedir á las reglas, á la matemática del arte.

En poesía Leopardi era un músico prodigioso, y de aquí nace el encanto irresistible de sus versos. Divino como Mozart, grandioso como Beethoven, claro como Haydn, ha cantado con inefable dulzura los más puros amores, la más amarga filosofía y los más desesperados ayes del corazón humano. Su pensamiento es siempre magnífico, noble, levantado; su desdenoso concepto de la vida no empaña la generosa dignidad de sus sentimientos. Siendo estos de una intensidad elevada á la quinta potencia, y extraídos en su quinta esencia, la singular sencillez con que los expresa, demuestra su pertenencia á la escuela griega.

En general los prosistas y poetas italianos son más imitadores de la forma latina; pero Poliziano, Gelli, Firenzuola, Caro, Foscolo y Pindemonte se dieron á la imitación griega, en la que nadie superó ni igualó á Leopardi.

Griega en general es la forma de su poesía, despojada de la pomposidad y adornos de la *musa italiana*, y expresando, con palabras vulgares y ennoblecidas por el arte, pensamientos elevados y llenos de majestad y gracia. Griega es la serenidad risueña de sus más lúgubres cuadros. Al pintar la nada de la vida y los rigores de la muerte, jamás imágenes sombrías y repugnantes, el recuerdo de la podredumbre cadavérica, los gusanos del sepulcro, el esqueleto inmundo, vienen á empañar la limpidez de sus imágenes. Leopardi canta la muerte, pero no los muertos; nunca hubiera meditado con el cráneo de Yorik en la mano; nunca ha pintado el cementerio, y es el poeta más sepulcral que ha vivido sobre la tierra.

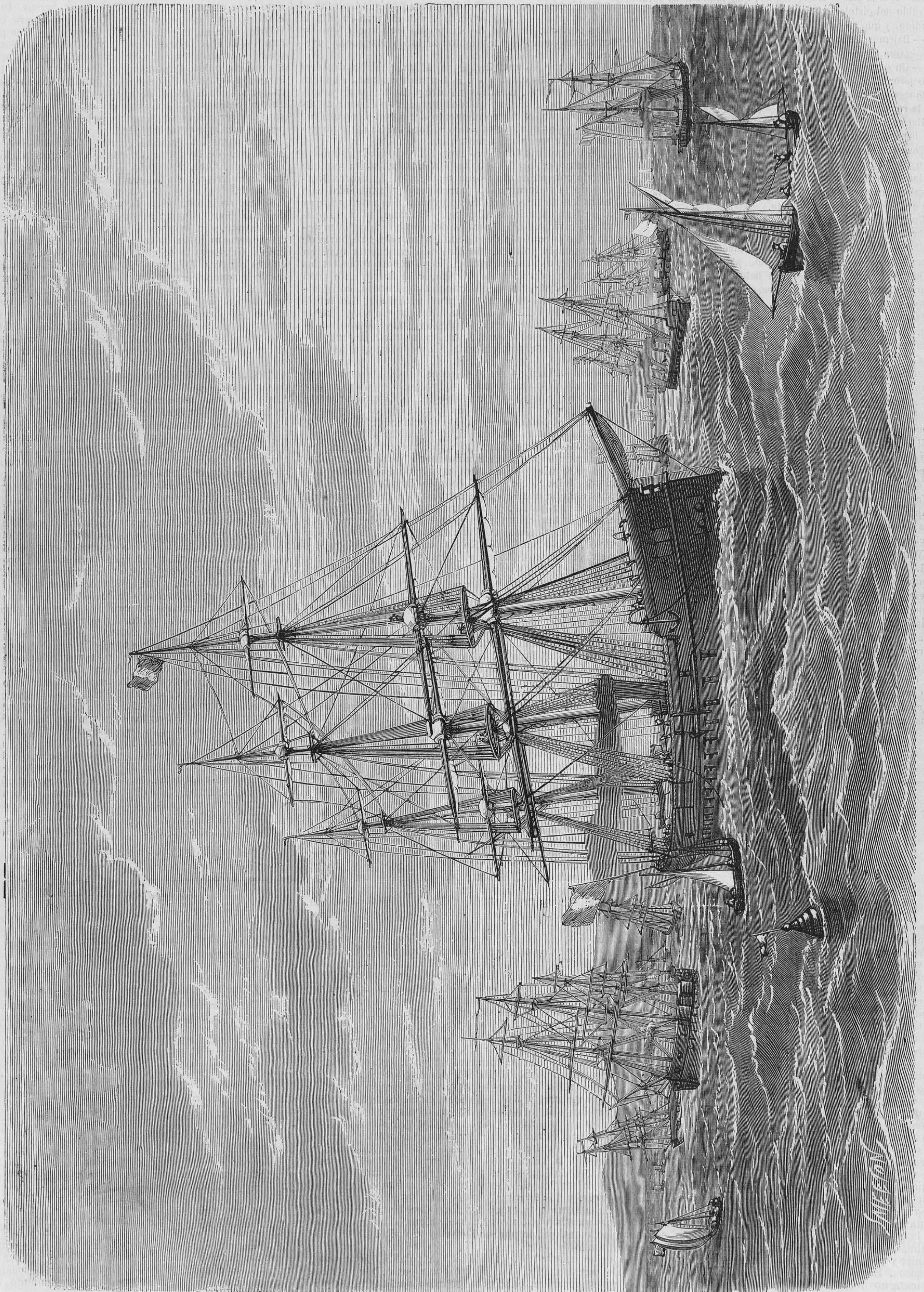
Predominando el subjetivismo en la portentosa mente de Leopardi, este expresa sus ideas capitales de un modo indirecto, encarnando en cierto modo su espíritu en las sombras de Bruto, Safo y el Pastor asiático. Y es que, poco dado en general á las figuras retóricas, y expresando directamente su sentimiento poético, cuando quiere dar á una idea más relieve, más vida, haciendo tangible la abstracción, busca, por decirlo así, una metáfora que domine la totalidad de la composición poética; hace una especie de alegoría que simbolice su idea en una forma artística, casi plástica, en una personificación que le dé cuerpo, sustancia, objetividad. La idea del suicidio, por ejemplo, ¿no aparece más determinada y casi esculpida en la imagen de Bruto y Safo que si el poeta la hubiera expresado con la vaguedad incorpórea de la meditación personal? La poesía *la Tarde del día de fiesta, el Sábado de la aldea, el Pájaro solitario*, ¿qué son sino especies de cuadros alegóricos, apólogos metafísicos que prestan vida y movimiento escénico al cuadro de la impalpable vida psicológica, á la pintura de las humanas tristezas?

Leopardi no es solo un poeta afectivo, sino que es un gran descriptivo, es un pintor que tiene en su palabra el colorido, el *Wordpainting*. Dotado de la más íntima percepción de la belleza, su descripción no es solo de la forma, de la línea, sino de la vida de la sensación que esa forma produce en el ánimo; describe lo intangible, lo que no perciben los sentidos. Cuatro rasgos le bastan para pintar no solo un paisaje, sino la vida de ese paisaje, su movimiento, lo flotante, lo vago, el perfume, el sonido, la frescura, todo eso que constituye el alma, el aliento, casi podríamos decir, el pensamiento de la inmensa naturaleza. Sirva de ejemplo el animado y risueño cuadro de la calma que sucede á una tormenta.

Passata e la tempesta;  
Odo augelli par festa, e la gallina  
Tornata in su la via,  
Che ripete il suo verso. Ecco il sereno  
Rompe la da ponente, alla montagna;  
Sgombrasi la campagna,  
E chiaro nella valle il fiume appare.  
Ogni cor si rallegra, in ogni lato  
Risorge il romorio,  
Torma il lavoro usato.  
L'artigiano a mirar l'umido cielo,  
Con l'opra in man, cantando,  
Fassi in su l'uscio; a prova  
Vien fuor la femmetta a cor dell'acqua  
Della novella piova;  
E l'erbaiuol rinnova  
Di sentiero in sentiero  
Il grido giornaliero  
Ecco il Sol che ritorna, ecco sorride  
Per li poggi e le ville. Apre i balconi,  
Apre terrazzi e logge la famiglia:  
E, dalla via corrente, odi lontano  
Tintinnio di sonagli; il carro stride  
Del passegger che il suo cammin ripiglia.

Hé aquí un paisaje que Teócrito envidiaría para los pastores de sus églogas.

En Leopardi el sentimiento es superior á la imaginación. Su fantasía no tiene gran variedad; la fuerza de su visión es grande, profunda, pero poco vasta; cuando contempla un objeto, á la luz de su pensamiento, ese



LA GUERRA. — La escuadra acorazada del Báltico pasando delante de Douvres — La fragata la *Surveillante* tomando un piloto á bordo.



objeto sale fotografiado, y luego retocado por la mano del artista. Leopardi es pobre de ideas; pero esas pocas ideas son tan vigorosas, tan brillantes, tan fecundas, que bastan para alimentar el raudal inagotable de la mas alta poesia, y para fatigar la meditacion con la filosofia mas profunda. La mucha movilidad y variedad de ideas quita la originalidad á la inspiracion: cuanto mas limitado de ideas sea un poeta, tanto mas original será, siempre que esas ideas, como los vinos añejos, en la fermentacion adquieren toda su fuerza, todo su sabor. Dos ó tres ideas resúmen la poética filosofía del cantor del Amor y la Muerte; ideas fortalecidas por la meditacion, embellecidas por el arte, y sublimadas por el genio.



A. LAMY

TIPOS Y FISONOMÍAS DEL EJÉRCITO DEL RHIN. — Los obreros militares trabajando.

Ellas constituyen la asombrosa originalidad de este poeta sin igual, que ha cantado un solo aspecto, el aspecto doloroso de la vida humana con una vehemencia, con una elevacion que le colocan aparte en el gremio de los grandes líricos.

Leopardi no es poeta popular, y solo puede ser comprendido por los iniciados en el arte. Sus ideas y su forma no se amoldan á las aspiraciones, á las ideas ni al gusto de la vulgaridad. En cambio, el que sabe penetrar en el fondo, libar, por decirlo así, la esencia dulcísima de su poesia melancólica, penetrante, serena en su vehemencia, profunda y altísima; quien sabe leer en estos versos de encantadora sencillez toda la resignada desesperacion del alma del solita-



P. Blanchard

La fabricacion de gabiones.

rio cantor de Recanati, solo ese puede deleitarse, solo ese puede tasar el valor de una poesia única, que no pertenece, ni á ninguna edad, ni á escuela alguna, y que es solo el acento sobrehumano de un alma privilegiada.

La forma especial hace de Leopardi uno de los poetas mas difíciles para ser traducidos. Sus versos, al ser vertidos, pierden toda su limpieza y armonía. Kaungieser, Schulz, Bothe, Heuschel y otros, los han traducido, sin embargo, al alemán; y en Francia Valery Vernier ha hecho una buena traduccion en prosa. El autor de estos renglones ha tenido tambien la perdonable é imperdonable osadía (que ambas cosas puede ser), de traducirle en verso al castellano, si bien por la



A. LAMY

Soldados comprando medallas.

falta de movimiento literario en España, y por fortuna del gran poeta, su traduccion yace guardada, y quizás por castigo de su audacia, apolillándose entre sus papeles de aficionado y aspirante á literato. Aunque reconociendo la imposibilidad de trasladar los versos de Leopardi sin desfigurarlos, cree quien esto escribe haber guardado cierta fidelidad, que solo la analogía y fraternidad de las lenguas italiana y española consienten al traductor. Leopardi solo puede ser medio traducido al castellano.

Aunque excelente prosista, en las numerosas y preciosas obras que escribió, y que fuera prolijo enumerar aquí, nunca en la prosa alcanzó Leopardi aquel soberano dominio de la

forma que resplandece en sus versos. Es verdad que esto es común á casi todos los escritores italianos. La prosa italiana es inferior á su poesía; el lirismo de la lengua quita á la prosa la majestad y entonación del gran estilo. Excepto los dos mejores, y acaso los únicos y verdaderos prosistas de Italia, Machiavelli y Galileo, únicos que han levantado el estilo á la altura de sus pensamientos, todos los demás escritores italianos valen por su fondo más que por su forma. Vico, Beccaria, Verri, Filangieri, Genovesi, Pagano, Gioia Romagnosi, Gallupi, son, á no dudarlo, grandes inteligencias, filósofos notables, pero escritores medianos. Rosmini y Gioberti brillan más como pensadores que como estilistas.

El mismo Leopardi, con su ilimitado ingenio, su inmensa erudición, su aptitud para reproducir la belleza en la armonía de la palabra, filólogo iniciado en todos los secretos de las grandes lenguas matrices, y tan conocedor de la suya, en su prosa, aunque correcto y castizo, es más rebuscado que espontáneo, le falta el rigor científico en su lenguaje filosófico, es algo monótono, y la falta de nervio de su estilo no corresponde á la profundidad y energía de su pensamiento.

Resumiendo cuanto se desprende de este imperfectísimo estudio, vemos en la gran figura de Leopardi un cuerpo atormentado por todos los dolores físicos, que le hacían un desheredado de la vida; un carácter noble, justo, humano, liberal, magnánimo, leal, adornado, en fin, con los más bellos atributos morales. Una inteligencia políergica, vastísima, casi sobrehumana, y una erudición tan universal como sólida y profunda; una naturaleza angélica acibarada por el dolor; un corazón amante y apasionado herido por el desencanto; una resignación de mártir, una austeridad de cenobita, una virginidad de vestal, una virtud de santo, y todos estos dones del alma y de la inteligencia, concurriendo á ennoblecer aquel espíritu, en el cual la naturaleza parecía haber querido hacer una obra maestra, un sin igual conjunto de sus más puras esencias, de sus más nobles energías.

Estóico sin arrogancia, misántropo lleno de amor, cristiano sin fe ni esperanza, pero henchido de caridad, idólatra de su patria, Leopardi no tiene en su historia manchas que la oscurezcan, ni bajezas que la deshonren: el que más combata sus doctrinas, jamás podrá menospreciar sus intenciones.

A este gran poeta, Platon parecía haberle transmitido la corona de sus *ideas puras*; Mozart, el secreto de su melodía; Rafael, el colorido de su pincel; Lucrecio, la elevación de su escepticismo; Píndaro, el acento olímpico de su entusiasmo; Sócrates, algo de su ironía; Miguel Ángel, algo de su escultural grandeza; Gœthe, algo de su majestuosa serenidad; Osian, algo de su solitaria y salvaje inspiración.

Todos estos elementos poéticos y artísticos formaban la admirable y brillante trama del tejido de su poesía; tejido fragilísimo, pero que, como esas ténues telas de la araña, á la luz del sol refleja todos los iris de la luz universal.

Artista por naturaleza, para él era artístico todo lo bello, hasta la virtud la consideraba como un arte, y por eso tornó sublime poesía lo que era filosofía desesperante.

Su musa tiene la majestad griega, la melancolía germánica y la vehemencia latina. Si en Safo cantó el amor griego, en *Gonzalo* cantó el amoroso idealismo alemán, el amor á lo Werther; pero al robar su forma á la Grecia, no pudo el poeta robarle su alegría, su concepto risueño de la vida humana, ni pudo robarle á Alemania los encantados ensueños de sus idealistas soñadores.

Hombre en quien concurrían tan extraordinarias calidades, no podía menos de levantarse con las alas del genio, y como la mariposa abrasarse en la llama del ideal, llama que consumió su vida y purificó el oro de sus inspiraciones.

Solo treinta y nueve años vivió Leopardi sobre la tierra; años de mortales dolores, lágrimas y tristezas infinitas; años brevísimos, pero que le bastaron para dejar la indeleble huella de su paso, el eco de su lamento, el noble ejemplo de su vida, la armonía de su canto, la luminosa estela de su genio grabada en el altísimo firmamento de los inmortales. Con su ciencia y su poesía contribuyó Leopardi al renacimiento literario de su patria.

Al cantar sus dolores y sus dudas personales, cantó los dolores y dudas de su siglo: por eso su nombre, salvando el estrecho círculo de la nacionalidad, se universaliza y pertenece ya á la gran literatura humana. Santificado por la canonización del arte y el aplauso de una generación, ese nombre simbolizará siempre, sino el primero, uno de los primeros poetas del siglo XIX, una de las más sublimes inteligencias que han imperado sobre los vastos y eternos mundos del pensamiento.

En el vestíbulo de la capilla de San Vitale, situada en el camino de Pozzuoli, un sencillo túmulo y una fúnebre inscripción recuerdan al pasajero, que por fin el conde Giacomo Leopardi duerme allí con aquel suspirado sueño que fué la única esperanza de su atormentada vida.

José ALCALÁ GALIANO.

(De la *Revista de España*).

## Escenas de la vida inglesa.

### EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 918.)

En la mañana siguiente Enrique tomó un carruaje y dando un rodeo se fué á Woodbine-Villa.

Su corazón palpitaba cuando entró donde estaba sentada Gracia. Después de los afectuosos sentimientos que ella le demostró en su última entrevista, tenía por seguro que había dado un gran paso en la estimación de la joven.

Sin embargo, le recibió con una reserva que le sorprendió.

El semblante y los modales de Gracia eran tan expresivos que nadie podía equivocarse sobre la disposición de ánimo en que se encontraba, y aquella vez estaba glacial.

El hecho es que miss Garden se había creado un padecimiento, y cuando una beldad se encuentra en este caso, se halla muy inclinada á hacer padecer á sus semejantes.

— Me alegro que hayáis venido, M. Little, le dijo, pues me he dirigido á mí misma muchas reconvencciones sobre lo que ayer os dije. En primer lugar no me corresponde (y aquí la joven se sonrojó) mezclarme en vuestros asuntos, y una vez que me tomaba tal libertad, habría debido daros un consejo más razonable. He tomado informes y todo el mundo me dice que sería locura por parte de un hombre el combatir contra los cuerpos de oficios, que son los más fuertes. Espero, pues, que os atenderéis á vuestra primera resolución y que saldréis de Hillsborough. Entonces estará tranquila mi conciencia.

Cada palabra hería como una flecha el corazón de Enrique. Por agradar á aquella voluble criatura había resuelto desafiar á las implacables uniones y estaba dispuesto á resistir á su madre.

— ¿No me respondeis, M. Little? dijo miss Garden con altanería.

— Os respondí ayer, contestó el joven con aire sombrío. Un hombre no es una veleta.

— No es ser veleta ateneros á vuestra primera resolución. Estábais decidido á dejar á Hillsborough cuando se me ocurrieron á mí aquellas locuras. Vuestra relación me indignó hasta aquel punto, esa es mi excusa, y ahora que retracto mis palabras irreflexivas y me tomo la libertad de daros un buen consejo ¿qué es lo que debéis respetar, la voz de la locura ó la de la prudencia?

Enrique reflexionó un instante y dijo:

— Todo eso me parece muy razonable; pero cuando me aconsejáis la primera vez habláis con el corazón y ahora habláis de otro modo... Vuestros hermosos ojos lanzaban llamas y toda vuestra alma estaba en vuestras palabras. ¿Cómo habría yo resistido? Me hablabais como una amiga y ahora me habláis como una enemiga.

— ¡Oh! M. Little, eso es ridículo.

— Pero no es menos cierto y no puedo explicarme la razón.

— Ni yo tampoco. Quizás consiste en que estoy encolerizada contra mí misma, no contra vos.

— Lo celebro mucho. Me habéis demostrado que considerais como una cobardía el que retrocediera ante los cuerpos de oficios. No lo hariais, me dijisteis, si fuérais un hombre. Pues bien, soy un hombre y haré lo que vos hariais en mi lugar. No expondré mi vida inútilmente; pero opondré la fuerza á la fuerza, la astucia á la astucia, no retrocederé jamás y lucharé mientras tenga un soplo de vida.

Y habiendo hablado así, continuó trabajando con aire resuelto.

Gracia le miró un instante en silencio, y luego levantándose dijo:

— Tendré que apelar á alguien que tiene más autoridad que yo.

Y salió.

— ¿A quién se refiere? preguntó Enrique á Jael.

— A su padre.

— ¡Bastante me importa á mí lo que él pueda decir!

— Yo en vuestro lugar no se lo daría á conocer á su hija, dijo Jael acentuando las últimas palabras.

— Teneis razón, sois una excelente muchacha: no sé quién es la mejor, si vos ó Marta. Por cierto que he prometido ir uno de estos domingos á Cairnhope:

¿Queréis que os lleve en carruaje?

— ¿Y me traeréis por la tarde?

— Si queréis; yo tengo que volver por precisión.

— Pues pediré permiso á miss Garden.

Jael pronunció estas palabras con tono indiferente, pero se sonrojó y brilló en sus ojos una felicidad insensata.

Gracia, que en aquel momento entraba con su padre, se quedó sorprendida ante la elocuencia de aquella mirada.

— Padre mío, dijo, aquí está M. Little.

M. Garden era un hombre de alta estatura: sus facciones bastante rígidas estaban suavizadas por sus canas. En suma, era un personaje bastante imponente, aunque de modales muy sencillos, un verdadero hombre de

mundo, que todo, incluso el matrimonio, lo juzgaba bajo el punto de vista positivo.

— ¡Ah! ¿Es M. Little, cuyo trabajo admiramos tanto? exclamó:

— Sí, padre mío.

— ¿Y cuya aventura ha hecho tanto ruido?

— Sí.

— He visto un artículo que trata del asunto: ¿le habéis leído? ¿No? Pues deberiais leerle porque está muy bien. Jael, hacéme el favor de traerme *el Liberal* que está en mi gabinete.

— Muy bien, dijo Gracia, pero lo que debéis aconsejarle es que no se exponga á más peligros y que salga de Hillsborough. Es todo lo que piden esos miserables.

— ¿Y es pedir mucho en un país libre? preguntó Enrique con ironía.

— Ciertamente... ¡Ah! Aquí está *el Liberal*. Una de vosotras dos puede leer el artículo mientras él trabaja. Deseo verle.

La curiosidad venció un instante la impaciencia de Gracia, que leyó el artículo siguiente con un interés que no trató de disimular.

### EL RECIENTE ATENTADO.

« En nuestro primer artículo sobre este asunto nos contentamos con establecer una alternativa que no tiene réplica, y absteniéndonos de conjeturas ociosas tratamos de recoger pruebas, para lo cual tuvimos una entrevista con la víctima del abominable atentado. M... es uno de esos obreros superiores que hacen honor á su clase durante algunos años; pero que infelizmente acaban por salir de ella (¡Eso dice M. Little!) Nos dijo que es forastero en Hillsborough, donde vive muy retirado y donde no tiene un solo enemigo personal. Nos dijo que salvaron su vida sus compañeros de trabajo. Cuando estaba tendido sin conocimiento. » (¡Oh, Dios mío!)

— Vamos, Gracia, continuad.

— Es fácil decir, continuad. Continúo, pues:

« Cuando estaba tendido sin conocimiento, todo ensangrentado, sin distinguir nada (¡Pobre M. Little!), oyo en su derredor expresiones de simpatía, sollozos que se escapaban... »

Gracia muy conmovida no pudo seguir, y Jael echó á llorar para acompañarla.

Enrique, enternecido con aquella dulce simpatía, cesó de trabajar y volvió la cabeza.

— ¡Qué mal leéis! dijo M. Garden.

Y tomando el periódico de manos de su hija, M. Garden prosiguió la lectura con un tono monótono y pasivo que, como un bálsamo divino enjugó todas las lágrimas:

« Oyo en su derredor expresiones de simpatía, sollozos que se escapaban de compañeros que no habían deramado una lágrima en su vida.

« Esto reduce el círculo de las investigaciones. No era una contienda personal, sino la obra inútil de algún cuerpo de oficio, ó no era nada. Tomamos, pues, informes y supimos que habían precedido al crimen muchos anónimos, inspirados todos ellos por el *unionismo*, no por un odio personal. Estas cartas comparadas unas con otras constituyen una verdadera curiosidad literaria, y nos han dicho que no hay un manufacturero en Hillsborough ó en sus cercanías, que no pueda presentar una correspondencia de la misma clase, seguida de alguna escena de violencia. Este curioso capítulo del espíritu humano merece un capítulo aparte, que ofrezcamos á nuestros lectores con este título:

### EL COMPLET EPISTOLAR.

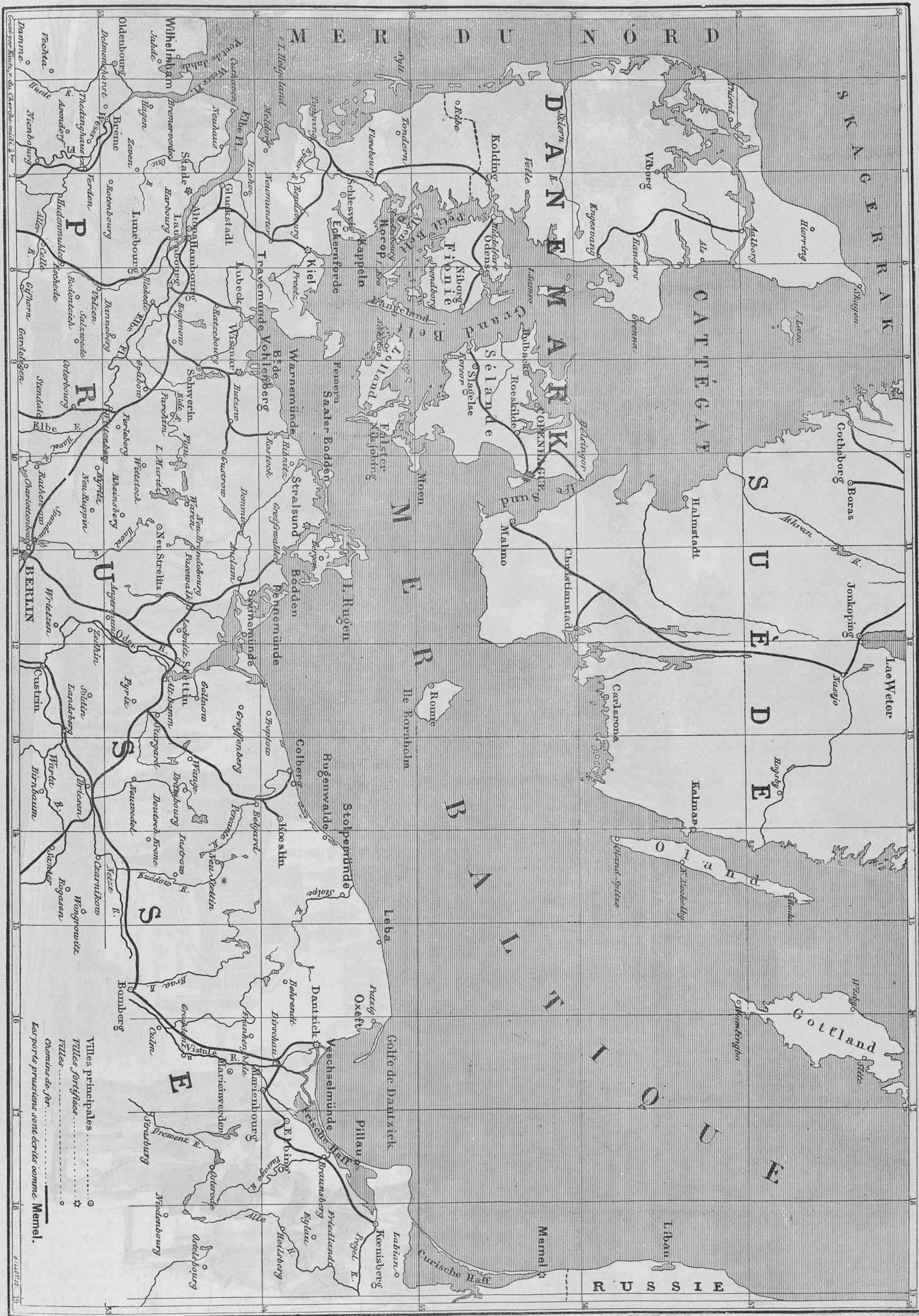
« Primeramente el amo recibe una carta en que le avisan que hace alguna cosa que desagrada á alguna de las numerosas uniones que se consagran á la fabricación exclusiva de algún artículo especial de quincallería. Tres rasgos distintivos ofrece la carta: la firma un hombre con su nombre verdadero, es cortés y no tiene faltas de gramática.

« Si el amo no hace caso pronto le sigue otra, ya menos gramatical y menos cortés, y donde se trasluce la insolencia del hombre vulgar. Recuerdan al amo que ya le ha salido mal otras veces el querer resistir á los cuerpos de oficios. Esta suele ser anónima y á veces se firma con seudónimo.

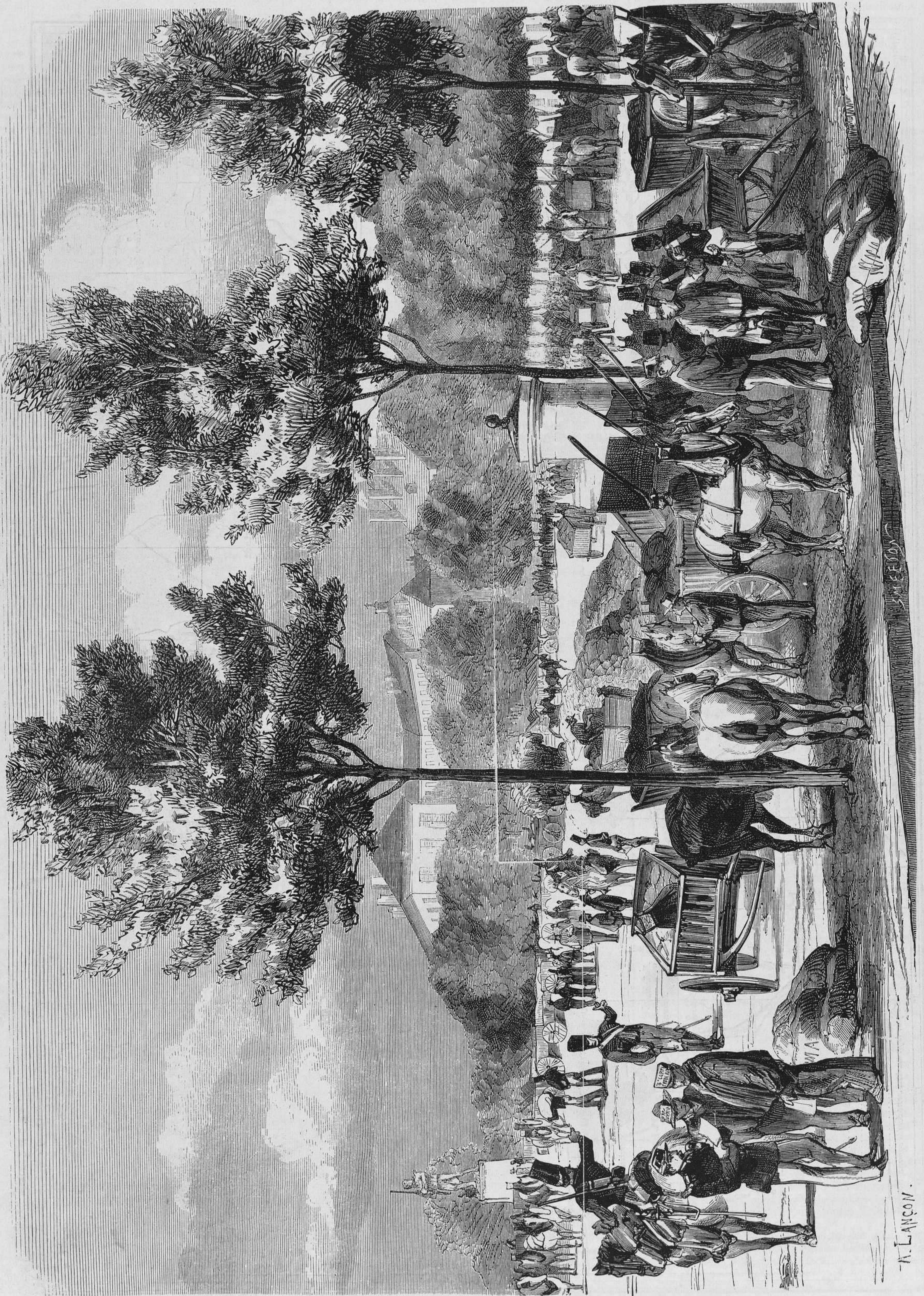
« Si tampoco surte efecto, el obstinado amo recibe un mensaje que comienza con una afectación de grosera familiaridad, y que mediante una burlesca transición, pasa á una insolencia brutal y desdeñosa. En esta carta no solo se sacrifica la gramática sino también la ortografía. Muy luego la sigue otra llena de amenazas sanguinarias, de juramentos y de palabras indecorosas.

« Cuando ha llegado á este punto la correspondencia, no vuelve ya jamás á la gramática, á la ortografía ó á la civilización, y la primera cosa que la sigue es alguna violencia, golpes ó tiros, ó alguna explosión que hace saltar al individuo solo ó con toda una familia extraña á la contienda. Ahora bien, es evidente que todo esto constituye un encadenamiento de luchas combinado, y que el acto criminal que pone punto á todo no debe separarse de la correspondencia.

« En presencia de estas pruebas, las sociedades de cuerpos de oficios donde ha habido un miembro que ha cometido semejante crimen, harán bien en renunciar á una antigua comedia ya conocida, y no ofrecer recompensas engañosas, sino tomar una resolución directa y enérgica. En el caso actual, deberían aceptar la oferta

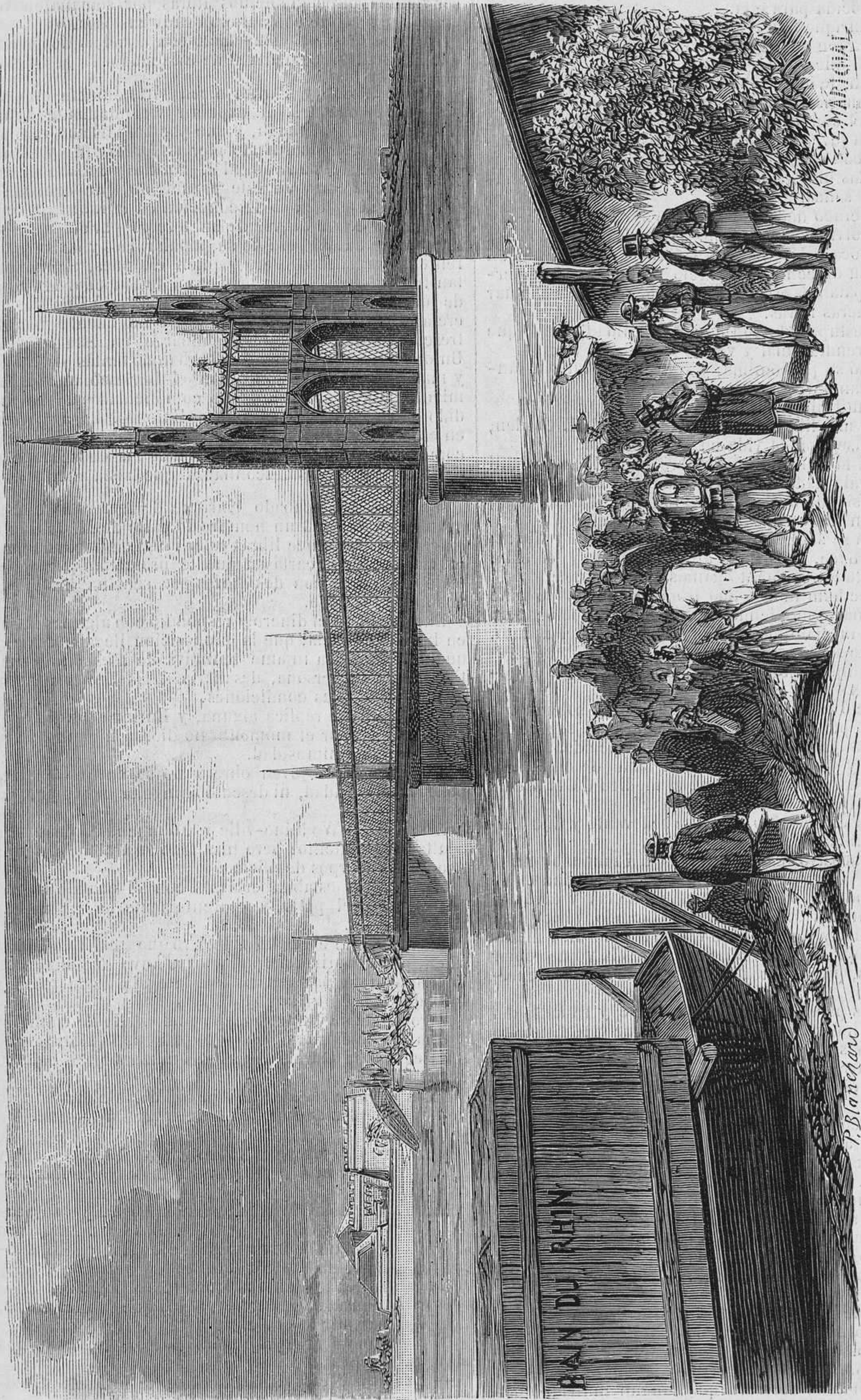


Mapa del litoral prusiano del Báltico.

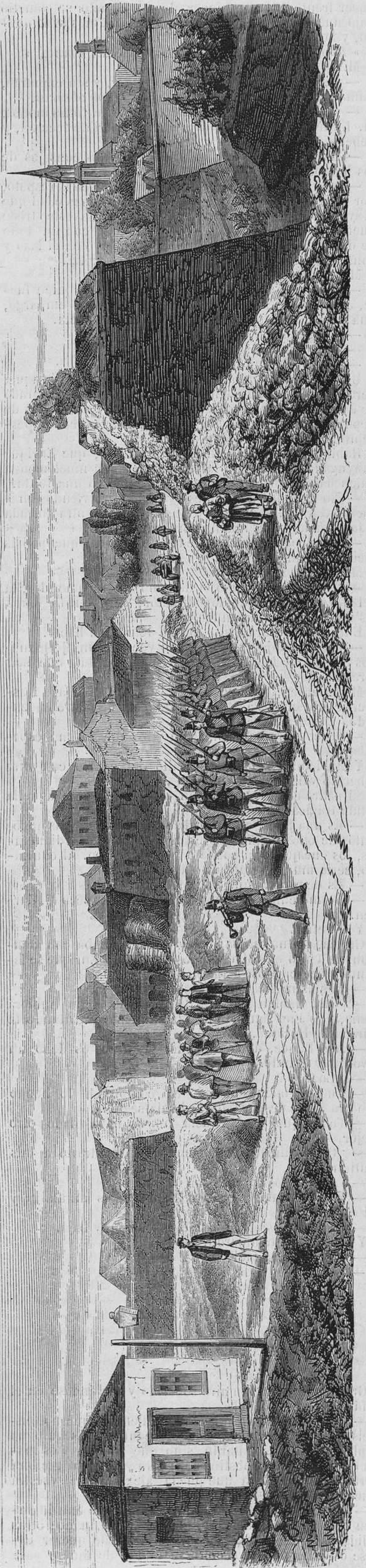


LA GUERRA — Material del tren auxiliar en la plaza Real de Metz.

A. LAFON.



LA GUERRA. — Estado actual del puente de Kehl.



La ciudad de Luxemburgo despues de la destruccion de las fortificaciones. — Brecha en direccion á la calle Maria Teresa

liberal de M..., admitirle en las dos sociedades como lo solicita y desaprobador así el crimen del modo mas consolador para la víctima. Si no, que tengan valor para hacer frente á la situación y decir: El acto se cometió bajo nuestra bandera aunque no le hayamos sancionado, y aceptamos su responsabilidad.

» *El Liberal* continuará ocupándose del asunto. »

M. Garden exclamó diciendo:

— Hé ahí una píldora dura de tragar, y sin embargo, llaman á este periódico el *abogado de los obreros*.

— Es verdad, contestó Gracia; pero de todos modos, M. Little no está convencido con la terrible lección, y deberíais darle un buen consejo.

— Lo haría gustoso, sino supiera que los consejos de los hombres de mi edad son inútiles.

— ¡Oh! M. Little recibirá los vuestros con respeto, por lo mismo que son de un hombre de mas edad que él y mas al corriente de los negocios de este triste pueblo. ¿No es verdad, M. Little? añadió con un tono de dulzura tan persuasiva que el jóven cayó en el lazo y consintió antes de saber á qué se comprometía.

M. Garden reflexionó un instante y dijo:

— No puedo aconsejar á un hombre, sea quien fuere, que renuncie á ganarse el sustento. Sin embargo, una cosa le puedo aconsejar en toda conciencia.

— ¿Cuál es?

— Que tome un seguro sobre su vida.

— ¡Oh! exclamó Gracia.

Una sonrisa satírica asomó á los labios de Enrique; pero en el mismo instante se encontró con la mirada de Jael: una vaga inquietud se pintaba en los ojos de la pobre aldeana, que con una señal de cabeza imperceptible le dijo que aceptase.

Habia tal resolución en aquella mirada, que Enrique subyugado, obedeció á la señal de aquella muchacha á quien habia considerado siempre casi como una tonta.

— No digo que no, contestó Enrique volviéndose hácia M. Garden. Y despues de haber echado otra mirada á Jael, añadió con mucha cortesía:

— ¿Conoceis alguna sociedad de seguros que podais recomendarme?

M. Garden se sonrió.

— Hay una que tengo el derecho de recomendar, la del *Buitre*, de la que soy director; pero puedo daros los nombres de otras muchas.

Enrique vió claramente lo que tenia que hacer.

— Gracias, dijo, si aprovecho vuestro consejo lo menos que puedo hacer es elegir la compañía de que sois director.

Miss Garden, que hacia algunos instantes dejaba traslucir cierto malestar, se levantó con el rostro encendido.

— La conversación toma un giro que no me esperaba.

Y habiendo hablado así salió del cuarto con aire soberbio y desdeñoso.

Su padre quiso excusar con tono indiferente aquella salida trágica.

— Es una jóven que aborrece los negocios, mas no los frutos de ellos, como los vestidos de lujo, los diamantes, los encajes y un coche para ir al paseo. Al contrario, seria muy desgraciada si esto la faltara.

— Es de esperar que no la faltará.

— Yo me cuido de ello, replicó con tono seco M. Garden.

Y se retiró.

Gracia, que no estaba lejos y que escuchaba con atencion, no tardó en volver; pero entre tanto Enrique se levantó y acercándose á Jael la dijo al oido.

— Teneis mas cabeza de lo que yo creia.

— ¡Oh! Hablan delante de mí como si no hubiera nadie, dijo Jael sonrojándose ligeramente y evitando la mirada de Enrique.

— Jael Dence, dijo con ardor el jóven, os debo un favor muy grande.

— ¿Cuál es?

— Vuestro buen consejo. No comprendí lo bueno que era hasta despues que le habia seguido.

— Temo que miss Gracia no os haya dado otro mejor.

— ¿Qué utilidad puede tener si es contrario á mis sentimientos.

— ¡Ah! sí, los jóvenes son obstinados.

— Vamos, vamos, no os retracteis: sois mi amiga y mi consejera.

— Siempre es algo, dijo Jael en voz muy baja.

Y sus manos temblaron.

— ¿Qué teneis, Jael?

— ¡Silencio!

## VIII.

### EL SEGURO SOBRE LA VIDA.

Gracia entró con un aire soberbio y sentándose en el sofá dijo:

— Ahora me toca á mi hablar. ¿Pensais que no tendreis ya nada que temer con el seguro? El seguro no implica que no os matarán, sino que cuando «os maten» por vuestra obstinacion otra persona recibirá cierta cantidad para que pueda alegrarse de vuestra muerte.

— No es eso, Gracia, dijo M. Garden que entró tambien con algunos papeles impresos en la mano; otras utilidades tiene el seguro. M. Little puede querer casarse ó tomar prestada cierta cantidad de dinero para

alguna empresa industrial, y en este caso una póliza de seguro con dos ó tres primas ya pagadas allana dificultades. Yo creo que todo hombre debe hacer testamento y asegurar su vida.

— Pues así haré yo.

— Despacito, repuso M. Garden, que ahora podria ser franco. Ante todo debeis informaros del estado próspero de la compañía.

Y le entregó sucesivamente dos papeles.

— Este os indicará nuestro capital, nuestros gastos del año último y nuestros beneficios, y este otro os dará el balance de dos compañías que hoy se hallan incorporadas al *Buitre*.

— ¡Un ave de rapiña! exclamó Gracia.

Enrique se echó á reír; pero M. Garden frunció el ceño.

— No hablamos de broma, dijo con tono severo.

La jóven se calló y al punto las lágrimas acudieron á sus ojos, pues todo lo que parecia una reprimenda era cosa desconocida para ella.

Cuando Enrique tomó conocimiento de aquellos papeles, M. Garden le preguntó con aire indiferente, por qué cantidad queria asegurarse.

Ahora bien, le importaba tan poco este asunto, que ni siquiera habia pensado en ella.

Miró á Jael con aire confuso, y con profunda sorpresa vió que la jóven le indicó la suma sin la menor vacilacion, y con esa destreza única que conoce la mas sencilla de las mujeres cuando se trata de hacerse comprender por señas.

Llevó los cinco dedos de su mano derecha á su frente, y despues volviendo con rapidez la misma mano para ocultar su boca á M. Garden y á Gracia, que estaban sentados á su derecha, pronunció de un modo imperceptible la palabra *mil*, teniendo cuidado de acentuar las dos primeras letras.

Enrique, estupefacto con aquella cantidad, creyó que habia comprendido mal y vaciló para ganar tiempo.

Jael repitió su pantomima, y Enrique, aunque dudando aun, exclamó diciendo:

— Cinco mil libras esterlinas.

— ¡Cinco mil libras esterlinas! exclamó M. Garden; ¡un obrero asegurar la vida en esa cantidad!

— Pues si la vida de un hombre no vale cinco mil libras, no vale nada. Además ¿cuánto tiempo pensais que seguiré siendo obrero, sobre todo en Hillsborough, donde solo media un paso del obrero, al amo?

M. Garden se sonrió con aire de aprobacion y dijo:

— No le hace, la prima anual será muy crecida. ¿Puedo preguntaros cuánto ganais anualmente?

— M. Cheetham me da 300 libras al año, y yo gano cien libras mas esculpiendo en mis ratos de ocio; pero si dudais de mi habilidad no hablemos mas del asunto. Ya sabeis que sois vos el autor del proyecto.

— Jóven, dijo M. Garden, cuando se trata de negocios es preciso tener calma.

Y pronunció estas palabras con tono muy solemne.

Decidióse, pues, que Enrique tomara el seguro de primera clase que aseguraba contra los accidentes, los viajes, etc., y que se elevaria á la suma de cinco mil libras esterlinas, con tal de que el médico de la sociedad le encontrase sano.

Terminado este asunto, Enrique se levantó y dijo tristemente á Gracia:

— En lo sucesivo no me vereis aquí á menudo y nunca el sábado por la tarde ó el lunes por la mañana. No quiero que algun bribon siga mis huellas y arroje á vuestras ventanas alguna bomba. Cuando venga será por la mañana y quizás daré un rodeo de diez millas para llegar aquí. Durante algunos meses hay que tomar precauciones, pues el juego será terrible con los cuerpos de oficio.

Y dijo estas palabras con el tono grave y resuelto del hombre que no se disimula el peligro que está dispuesto á arrostrar; y se retiró inclinándose respetuosamente.

— Hará carrera, exclamó M. Garden, y podrá procurarnos unos cien seguros de su clase. Es un buen negocio.

Gracia no contestó, parecia triste y cortada; Jael la contemplaba atentamente.

Aquella misma tarde Enrique pasó á la fábrica y examinó con M. Cheetham los nuevos medios de defensa que habian imaginado.

A la otra mañana volvió con un lente de aumento para examinar minuciosamente las cenizas de su hogar y todos los objetos de que se servia.

Despues encendió su hornillo y emprendió el trabajo.

A la hora de la comida volvió á su casa y leyó *el Liberal*, que contenia una carta de Jobson, en respuesta á los artículos del redactor.

Jobson deploraba el acto criminal; admitia que las dos uniones habian decidido que ningun individuo podia ser á un tiempo herrero y cuchillero, pues semejante ejemplo era contrario á los intereses de las Uniones de Hillsborough, basadas como lo estaban todas en las subdivisiones de los oficios.

Jobson añadia:

«Pero hemos obrado con un espíritu de todo punto opuesto á los actos de violencia, y deseo tanto convencer de ello al público, que he suplicado á un hombre de experiencia bien conocido, que examine nuestros libros y dé testimonio de ellos.»

A esta carta seguia otra del secretario de los afiladores de sierras, que decia así:

«MM. Parkin y Jobson se han dirigido á mí para

suplicarme que dé testimonio sobre ciertos hechos relativos á la acusacion que pesa sobre las dos Uniones, cuyos intereses corren á su cargo. En un principio me repugnaba intervenir en el asunto; pero al fin me dejé persuadir, y examiné los libros de las dos Uniones, los cuales prueban del modo mas evidente que la víspera misma de la explosion, aquellos dos cuerpos de oficio habian discutido á fondo el asunto de M... y resuelto lo que sigue:

«Se convino, y así consta en el registro, que se ofreciera á M... los gastos de viaje á Londres en primera clase y una libra esterlina por semana, de los fondos de las susodichas sociedades, hasta el dia en que hallase trabajo en la capital.

»Añadiré que los dos secretarios me han hablado de M... en los mejores términos, y que convencido de su sinceridad, les aconsejé que manifestaran su desaprobacion del acto criminal de que ha estado á punto de ser víctima, ofreciéndole dos libras por semana en vez de una, en lo que consintieron muy gustosos.»

Enrique se quedó estupefacto con aquellas dos cartas que M. Holdfast comentaba de este modo:

«MM. Jobson y Parkin dicen virtualmente que sí, por ciertas razones. A expulsar violentamente á un hombre de Hillsborough, y que por las mismas razones B. le hace salir guardando ciertas formas, A. y B. no pueden obrar de acuerdo. MM. Parkin y Jobson tienen poca confianza en este argumento, que equivale á decir que la astucia es desconocida en la industria, que han creido deber valerse de un tercero para apoyar su dicho con todo el peso de su popularidad y de su aparente imparcialidad. Pero ¿quién es, pues, el hombre tan franco que se niega primero á desempeñar el papel de juez y acaba, no obstante, por aceptarle? Es el secretario tesorero de una Union que no cuenta mas de trescientos miembros, y sin embargo, en esta pequeña Union, de la que es dictador, ha habido tantas picardías, y mas tiros y explosiones con el burlesco acompañamiento de una protesta de no complicidad que ha podido haber en todas las demás Uniones. La aparicion en escena de este ingenioso personaje debe considerarse como un mal presagio y vigilaremos las consecuencias del asunto con mas desconfianza que hasta ahora.»

Apenas habia acabado Enrique de leer estas líneas cuando se presentó un hombre de parte de M. Jobson á entregarle las quince libras esterlinas que habia desembolsado, con una carta en que le prometian pagarle el viaje á Londres con dos libras por semana hasta que encontrara trabajo.

Enrique tomó el dinero y respondió con algunas líneas en las cuales decia, que la proposicion llegaba tarde y que despues de la infame tentativa de asesinato cometida contra su persona, desafiaria á las Uniones hasta que aceptasen sus condiciones.

Jobson no dió réplica alguna, y Enrique desafió á las Uniones, que por el momento no dieron ninguna señal de vida ni de animosidad.

Sin embargo, el jóven obrero no se durmió en una peligrosa seguridad, ni descuidó ninguna de sus precauciones.

Evitó el ir á Wodbine-ville y dió muchos rodeos para ocultar su domicilio; pero hizo todo su trabajo á despecho de los cuerpos de oficio.

Los obreros estaban corteses con él cuando lo encontraban en el patio, y aparentemente le hacian una vida tranquila.

Un médico le examinó y declaró que estaba en buena salud, pagó la prima del seguro y obtuvo su póliza, con lo cual se daba por seguro, bajo la égida de la garra y bajo el ala del *Buitre*.

Pero no debia durar mucho aquel estado de calma.

Una mujer entró un dia en el patio de la fábrica, que traia el té á su marido y ocultaba algun objeto bajo su delantal.

Al marcharse sacó de debajo del delantal un surtido de herramientas que dejó sobre una piedra y se alejó á paso rápido.

Muy luego se esparció la noticia y M. Cheetham y M. Bayne salieron á la vez para examinar aquellas herramientas.

Era un surtido de instrumentos para esculpir en madera, muy bien hechos y acompañados de un papel en el que se leia que habian sido fabricados en Hillsborough, tanto el mango como la hoja.

Cheetham los examinó atentamente y dijo:

— No están mal, se parecen á los que fabrica Little, que baje para ver lo que dice.

Bayne llamó á Enrique, que bajó al punto con otros obreros.

— Examinad esos instrumentos, le dijo M. Cheetham.

Enrique se puso encarnado; comprendió de dónde venia el golpe y se mantuvo á la defensiva.

— Están bien, dijo; son bellas muestras de cuchillería; faltan unas veinte para que el surtido sea completo; pero tienen un defecto para esculpir.

— ¿Cuál es?

— Que son inútiles, no sirven para esculpir la madera. Solo un buen escultor puede dibujar esas herramientas, y ante todo tiene que inventar y hacer los moldes de acero. Enviad estos á Londres ó á Paris, y pronto conoceréis la diferencia. M. Bayne, me sorprende que me hayais llamado de mi fragua para examinar la obra de un novicio.

(Se continuará.)

## De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

## Libro primero.

ÚLTIMA NOCHE DEL MUNDO.

(Continuacion. — Véase el N.º 918.)

Mis padres interpretaron mi disposicion de ánimo como un secreto de amor profundo, y se regocijaron en su corazon de haber llegado al término de sus deseos. Enrique se creyó en el colmo de su felicidad. Solo yo perdí toda ilusion y todo resto de esperanza en mí misma.

Cuando con todos los miramientos del pudor paternal y con todas las consideraciones posibles de ternura y bondad me significaron un deseo que, á su parecer, debia ser mi ventura, en el estremecimiento de terror que conmovió el fondo de mis entrañas, conocí que mi respeto y mi estimacion distaba mucho de una pasion digna de ser santificada.

No obstante, vacilé todavía; fingí reserva, pedí breves dias para consultar con mi corazon su respuesta primera. Parecíame horrible desvanecer de un golpe su esperanza. Las veleidades de mi carácter no valian la pena de hacer la desdicha de aquel jóven tan generoso, ni de entristecer, acaso para siempre, los dias de personas tan queridas.

Quise consultar esta situacion con el mismo que la motivaba; quise buscar un camino para tratar con Enrique, de una manera indirecta ó hipotética, la resolucion de tan árduo problema. Desgraciadamente me faltó el apoyo que buscaba, desgraciadamente quise encontrar la razon de mi obrar en un carácter exagerado por la pasion misma. El orgullo que le daba su amor lastimó dolorosamente mi amor propio.

Creuyendo en la superioridad de su afecto, de su carácter, de su virtud, aquel hombre transigia conmigo... ¡Me perdonaba! Aquel hombre me enaltecia, me rehabilitaba... Quizá tenia razon; de mí era el dársela; pero conocerla él, hacérmela sentir, era una humillacion á que no pude resignarme.

Mi orgullo debió estallar; estalló silencioso y profundo dentro de mí misma, y rompió todas las trabas y consideraciones. No fui, sin embargo, ligera; quise ser prudente, sin duda porque era débil. Enrique merecia miramientos, mis padres me los debian mayores.

Como todas las personas irresolutas, no me atreví á decidir la cuestion; la aplacé. Enrique debia partir dentro de breves dias: yo dije que no podia dar en aquel término un consentimiento definitivo; pero no le rehusé absolutamente una esperanza de obtenerle cuando volviera al año siguiente, terminados los negocios que, despues de una larga ausencia, le llamaban al seno de su familia.

Esta respuesta llenó á mi primo de consternacion. Quizá su corazon sintió como el remordimiento de no haber sido bastante delicado. Yo debí recelar que pareciéndole una vana apariencia mis demostraciones, tomaran el aspecto de un artificio de coqueteria, y el deseo de disipar sospechas que tanto podian rebajarme, aumentó la gravedad de mis empeños.

Mis padres se sorprendieron de una incertidumbre, cuya causa desde entonces revestia para ellos las proporciones de una grave enfermedad; y el dia que Enrique partió, sombrío para él, amargo y triste para los autores de mis dias, tuve yo mas tristeza y mas amargura, y mas infaustos presagios en mi fantasia, y mas desesperado disgusto de mí propia, considerando que con una sola voz, con una mirada sola podia yo cambiar en cielo sereno aquel horizonte de nublados, y que aquella luz no brotaba de mis ojos, y que aquella palabra, por mas que me esforzaba en traerla á mis labios, no salia de mi apretada garganta...

Las primeras frases de esta revelacion habíalas escuchado Javier con el interés que inspira de suyo la conversacion de una mujer hermosa, mas bien que por el atractivo especial de tan sencillo relato.

Eran sus oidos de los que se dejan arrullar por la música blanda de unos labios juveniles, sucediéndole lo que á nosotros cuando leemos, por ejemplo, versos de Villegas, que se conmueve el oido, hasta llegar al éxtasis del corazon, sin que la inteligencia se dé cuenta de ninguna idea.

Las palabras de aquella jóven eran quizá tan melodiosas como el ritmo mágico de *Dulce vecino de la verde selva*; pero llegó un instante de transicion súbita, hubo un momento en que aquella jóven, igual á otras mil hermosas mujeres, se particularizó para él; hubo un período en que aquella narracion descolorida habia sorprendido su curiosidad, como un manuscrito que se descubre con un reactivo, y cautivado su atencion con una peripecia inesperada. Entonces quedó como suspendido y devorado de ansiedad.

Entre aquellos sucesos y su nueva disposicion de ánimo habia ciertamente una relacion misteriosa. Habia sin duda pasado sin parar la atencion de la jóven el

momento en que se verificó aquella mudanza; pero el brazo de Javier habia ido estrechando el suyo con mas fuerza, y aquellos ojos, medio cerrados, no se apartaban ya un instante de la direccion de sus pupilas.

Pareció haberse establecido mayor intimidad entre ambos, ó que aquella mujer habia entrado al fin en la atmósfera atractiva de la fascinacion sombría de aquel hombre. Del efecto que en su corazon habian hecho las precedentes palabras, mal pudiera ella darse cuenta secreta; lo que no podia dudar, era que dentro de aquel desconocido abismo, algunos nombres, algunas miradas habian caido, como por noche oscura de fin de verano caen sobre floresta seca los rayos del cielo.

Javier apretaba sus labios, comprimía sus ojos, limpiaba el sudor de su frente pálida, tomaba aliento para un suspiro, y lo sofocaba por no alarmar á su compañera.

Ella, como por instinto, pero tardamente advertida, sin fundamento ni ocasion para guardar reserva, esforzándose penosamente para disminuir por grados el abandono de su confianza, hubo de continuar su narracion, interrumpida segundos de tiempo por la impresion indefinible de una mirada escrutadora.

## IV.

— Partió Enrique, siguió diciendo Sofia, y yo quedé sumida en el amargo disgusto de mi posicion extraña, mis padres en silencioso desconsuelo, ya que no podian penetrar en el misterio de mis padecimientos. La sombra tristeza en que se hundió mi espíritu no era el amor á mi primo, y no era otro amor tampoco; harto lo echaban de ver. El silencio y la tristeza descendieron aquel dia sobre nuestra morada, como las sombras de un fúnebre crepúsculo; pronto ¡ay, Dios mio! debia cerrar, horriblemente oscura, una noche de muerte.

Un mes habia corrido apenas, despues de la ausencia de mi jóven primo, cuando el cólera asiático apareció en nuestra ciudad con todos los horrores que acompañaron á este azote de Dios, allí donde mas cruelmente ejerció sus iras. Mi madre era harto jóven todavía; mi padre, algo mayor en dias, hubiera podido alcanzar, sin ser decrepito, los años de sus nietos adultos, y jamás habia pasado por mi imaginacion la idea de una horfandad y desamparo, que mis esperanzas dilataban indefinidamente.

Pero hubo un dia de espanto y desolacion, en que Dios envió la muerte á nuestros hogares como un ángel exterminador, y no preguntaba, como en los tiempos de Faraon, por los primogénitos de las familias. Su espada tenia doble filo y segaba indistintamente las primeras y las segundas generaciones.

Una palabra pavorosa resonó por el ámbito de nuestra ciudad, y en su embalsamada atmósfera discurrió rápido el veneno de la epidemia con la intensidad espantosa de las plagas que el cielo envía. ¡El cólera! ¡La muerte!

A los gemidos lúgubres de estos dos fantasmas me estremecí de espanto, yo, que mas de una vez habia deseado ver llegar el término prematuro de mi existencia. ¡El cólera! ¡La muerte!

Estas tremendas palabras fueron por algunos dias sinónimos espantosos. ¡El cólera! se pronunciaba en los umbrales de una casa y la muerte se llevaba las llaves con el último de los cadáveres que conducía silenciosamente á la huesa la carreta enlutada.

Un dia tambien se presentó á nuestras puertas y abrió nuestras cancelas y llamó por sus víctimas, como en una prision el verdugo. Fueron primero nuestros sirvientes y criados, luego mis padres... Los dos, amigo mio, los dos á un tiempo... los dos se vieron caer... los dos se vieron agonizar.

Mi madre sucumbió en un dia; mi padre resistió mas; hubo alivio, hubo esperanzas; luego un nuevo recargo, despues una larga y dolorosa agonía. Sus últimos momentos fueron muy desconsolados.

Yo quedaba sola, yo habia permanecido intacta del azote cruel. Yo no habia abandonado á manos mercenarias el cuidado del lecho paterno, y mi padre abrigaba la esperanza de que yo no seria ya víctima de la plaga desoladora. Esta esperanza era su desconsuelo.

En aquel deshacimiento de extremosa ternura, que conservó hasta la convulsion postrera de su agonía, hubiera querido llevarme consigo al sepulcro. Me dejaba en el mundo sola, jóven, huérfana é incierta totalmente de porvenir y de resolucion.

Una hora antes de su último paroxismo aun tenian lágrimas sus ojos para llorar sobre el desamparo horrible que me dejaba en herencia.

— Si supiera que serás esposa de Enrique, moriria contento.

Tales fueron sus últimas palabras, cuando el sacerdote entraba á ungirle con el óleo santo. ¡Qué habia yo de hacer! Podia prometerlo todo; yo no pensaba vivir. Sobre la sacra ampolla que consagra los moribundos, por la solemnidad de aquel instante supremo, arrodillada á los pies de su lecho, juré cumplir los deseos de su corazon.

Ni un momento dudó de la fe de mi palabra; mi promesa fué el narcótico de los dolores de su alma y la bendicion de su agonía fué mi bendicion nupcial. Puede decirse que mi matrimonio quedó consagrado en aquel altar de la muerte.

Sus angustias morales cesaron, y en el último acceso de la horrible dolencia, la contraccion nerviosa de la congojosa agonía, no impidió que asomara á sus vidriados ojos un rayo de inefable consuelo, y que alargara

su crispada mano en busca de la mia para estrecharla como agradecido. No pudo; espiró.

Se la besé ya sin vida. Quedé clavada sobre aquel lecho, de donde no hubo en algun tiempo manos amigas ni compasivos deudos que me arrancaran, y los operarios de la muerte, que acudieron á arrebatar de su morada el cadáver de mi padre, fueron los únicos seres que turbaron la soledad de mi abandono y la tranquilidad de tan inmenso infortunio.

Quedé allí horas eternas, sin palabras, sin lágrimas, sin sentido, sin razon y sin asistencia... Sin embargo, en mi morada no habia desorden ni irregularidad. Al volver como de un largo parasismo, observé en derredor de mí, sirvientes y atenciones. Me acostaban en un lecho preparado en aquel mismo aposento, me servian bebidas refrigerantes; las puertas de mis habitaciones se cerraban, las luces se encendian.

A los dos dias de aquel anonadamiento, que habia paralizado mi juicio, sentí con el corazon que una ternura maternalmente cuidadosa velaba sobre mi horfandad, y que la asistencia que habia conservado mi vida, como la de un recién nacido abandonado á la intemperie, circundándola de una atmósfera tibia y suave, no era un cuidado impuesto por las amistades del mundo.

Las manos que apoyaban mi cabeza, las miradas que encontraron al abrirse mis ojos, eran de mujeres, de mujeres jóvenes, hermosas, puras y santas. Eran dos, pero eran una.

Las dos vestian el mismo traje, por mejor decir, el mismo disfraz; su verdadero ropaje era un hábito de religion y de penitencia; pero dentro de mis habitaciones llevaban vestidos del siglo, claros aunque modestos, para que al volver de mi letargo no me sobrecogiera un recelo exagerado de mi situacion.

De aquellas dos mujeres, era la una mas niña y humilde; la otra menos jóven, muy hermosa, alta, de ardentísimos y negros ojos, de frente elevada, de color pálido como el mármol blanco. La una era religiosa como la obediencia, la otra como la autoridad paterna.

La una mandaba, la otra servia; pero las dos eran al lado de mi lecho santas hermanas, como lo eran delante de Dios. La una no tenia nombre en el mundo, la otra se habia llamado... Pero no puedo decir sino como se llamaba en el claustro... Irene...

— En el mundo se habia llamado Blanca, interrumpió súbitamente Javier...

Estupefacta la jóven, miró á su acompañante y enmudeció. En vano quiso Javier replegar delante de aquella mirada la emocion que le poseia. Pudo bajar la frente para hacer sombra á su color demudado, pudo apretar sus labios para desfigurarse el gesto de su boca, pudo dejar caer sus párpados para encubrir sus ojos; pero todo esto daba á su semblante el aire siniestro de una contraccion sombría, como si hubiera pasado por delante de él una vision, de la que parecia querer apartar con medroso empeño sus miradas sorprendidas.

Iba ya la jóven á romper su admiracion silenciosa con una pregunta... Impidiósele un grupo de tres máscaras regocijadas y bulliciosas que rodearon de pronto á Javier; una de las cuales, con vivo ademán y penetrante chillido, asiéndole de la solapa.

— ¡Héle aquí! ¡Héle aquí! exclamaba. Vedle aquí, las que le creísteis convertido. Aquí le teneis otra vez sobre el teatro de sus aventuras, siempre representando el mismo papel, aunque con diferente traje. ¡Oh! sí, estás muy mudado... no te hubiéramos conocido sino por tu mirar y tu austeridad de filósofo... ja... ja... ja... (Y se reian estrepitosamente). ¡No lloras ya! Con las megillas, ¿te se han secado los ojos? ¿Con qué ruegas ahora? ¿Con qué seduces?... Mira, hermosa máscara, hermosa Sofia, si no le conoces, cuidado con este hipócrita: es un dragon que lleva las aletas escondidas. Huuye de él si ríe, húyete mas si llora. A los pies de una mujer muy hermosa lloró mucho, acaso tres dias; ella llorará eternamente... Otra mas incauta... ¡ah! no le lloró mucho; murió luego. Otra... la otra se morirá tambien. Déjale, déjale; vente, Sofia... El no se muere... Adios... ja, ja, ja... Elisa, Julia, Paulina, Luisa te dicen adios...

Y sin esperar respuesta se alejaron, dando risotadas locas y sendos abanicazos á Javier y á todos los que encontraban.

Cuando aquellas máscaras hablaban, la jóven que ellas llamaban Sofia no se habia ocupado un momento de sí propia, á pesar de verse por ellas conocida. No habia dejado un punto de mirar á su compañero. A los gritos de aquellas mujeres, la preocupacion de Javier se habia desvanecido, su frente se habia desarrugado; al oír aquellas inculpaciones, el hombre austero se habia reído, y aquella risa petrificó de espanto á la bella jóven. Quiso soltarse de su brazo, pero no pudo.

Javier, que penetraba hondamente la situacion de su ánimo, no ponía grande empeño en detenerla; pero ni aun para ello hubiera necesitado sus esfuerzos, estudiantamente débiles. Una fascinacion inexplicable clavaba á Sofia á su lado. Acababa de infundir en su ánimo el sentimiento mas poderoso en el espíritu de una mujer.

Hubiérale ella seguido toda la noche como se sigue á un bandido que nos sorprende en un camino y nos dice: «Venid,» y vamos. La pobre jóven, que acogia la ilusion novelesca de haber gastado las emociones del corazon, encontrábase por la vez primera de su vida bajo la influencia de las dos móviles que mas grandes pasiones han excitado en el corazon de las mujeres: la curiosidad y el miedo.

— No me pregunte Vd. nada, señorita, dijo Javier volviendo á su calma habitual. Vd. se hallaria en mayor embarazo para inquirir que yo para responder. Vd. qui-



TIPOS Y FISONOMÍAS DEL EJÉRCITO DEL RHIN. — Soldados pescando con la mano en los fosos de las fortificaciones de Metz.

siera hacerme á un mismo tiempo dos preguntas sobre cosas harto diversas; yo podria satisfacer á la segunda con solo contestar á la primera; mejor será no responder á ninguna. Desgracia mia es, señorita; pero si he de parecer sincero, tengo que resignarme á ser poco galante. La emocion de que Vd. me vió poseido al referirme la parte mas acerba de sus infortunios, no la excitaban sus padecimientos de Vd. Ya le han dicho á usted que tengo un alma muy dura. Mi sentimiento era mas egoista: era una dolorosa reminiscencia de mis propios pesares. Cuando Vd. pronunció ciertos nombres, mi memoria se remontó á la contemplacion de infortunios mas grandes que los que Vd. me contaba, y por muy cruel que mi corazon sea, por acostumbrado que esté á hacer padecer y hacer morir, como aquellas máscaras decian, hay recuerdos, señorita, que pueden despedazar mis entrañas y hacer salir la verdad del dolor y la sinceridad del remordimiento á la frente del hipócrita.

— ¿Luego Vd. no niega, replicó Sofia, redoblando la inquietud con que miraba á Javier, aquellas abominables imputaciones? Luego aquellas victimas, añadió con novelesca sinceridad...

— Señorita, interrumpió Javier, dejemos á mis victimas. Hablemos de Irene, de Vd... (Sofia se estremeció). Volvamos á su situacion de Vd., cuando al despertar de su fallecimiento letárgico se encontró Vd. en los brazos de aquella mujer hermosa y santa, de radiosos ojos, de elevada frente, de palidez marmórea, que apareciera, poniendo en Vd. sus manos, como la figura celestial de Santa Isabel en el lienzo inmortal de Murillo... ¡Ah!... ¡Y quién dijera, añadió Javier con una distraccion profunda; que aquella aparicion tan angelical habia de verse tambien profanada en un salon mundano.

— ¿Qué es lo que está Vd. diciendo? exclamó Sofia, casi gritando de terror.

— Señorita, contestó Javier, volviendo en sí y con tono muy tranquilo; una cosa muy natural. Hablaba de ese cuadro prodigioso, tan bien colocado en otro tiempo en el hospital de incurables en Mañara en Sevilla, ahora colgado ahí en la Academia, entre caballeros de la edad media y cortesanos del siglo pasado. Soy algo entusiasta por la pintura... perdone Vd. una distraccion de artista.

Javier, concluyendo esta frase, habia vuelto á sonreirse.

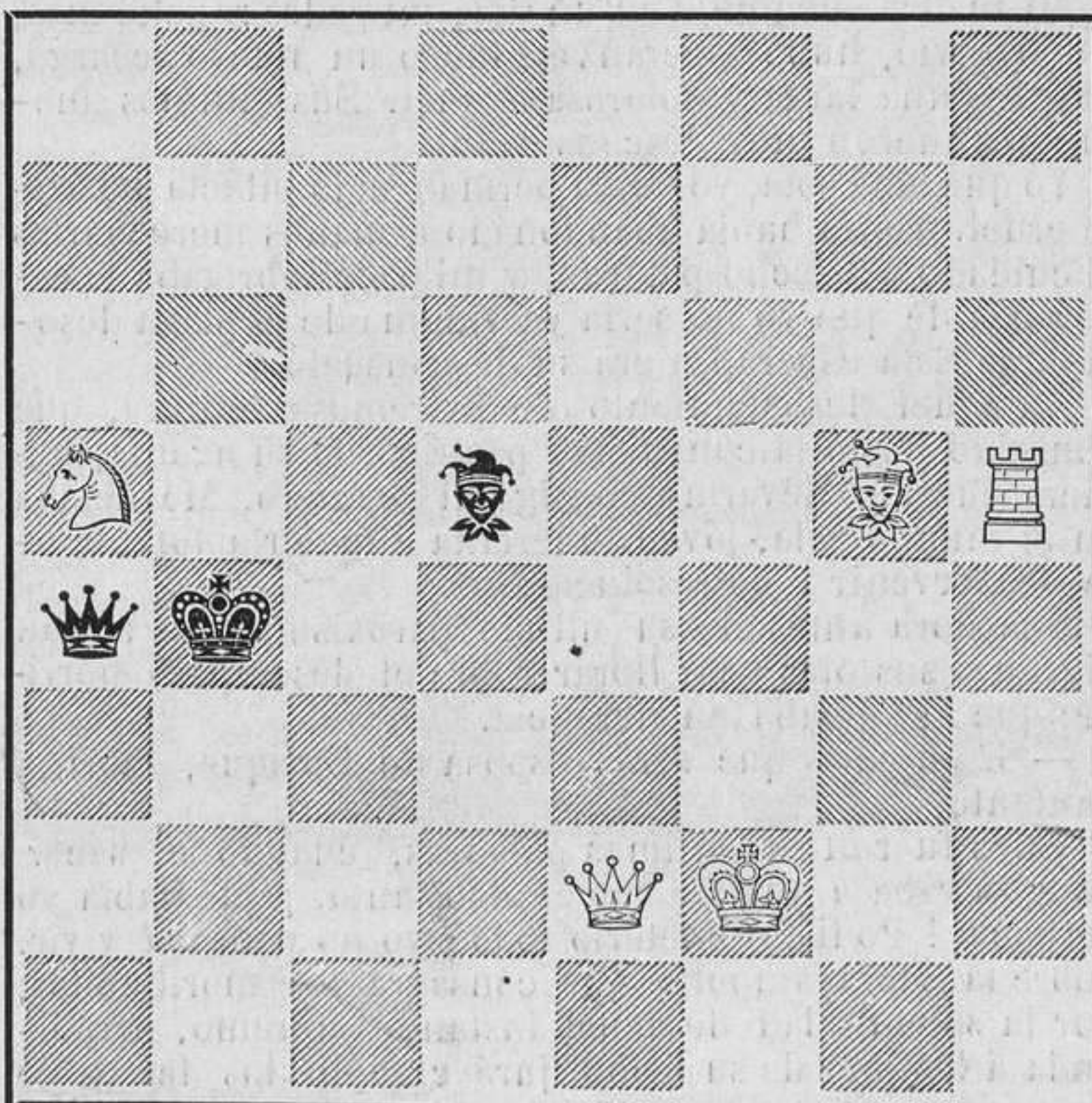
**Problemas de ajedrez.**

*Solucion del número 318.*

- 1 R<sup>a</sup> 6<sup>a</sup> TR R toma A
- 2 R<sup>a</sup> c AR<sup>a</sup> R toma P
- 3 R<sup>a</sup> 4<sup>a</sup> AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 319, POR M. AIMÉ GAUTIER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Valenciennes.

— ¡Oh!... tiene Vd. un alma feroz, contestó Sofia temblando. No he visto jamás cosa parecida.

— Usted no ha visto nada aun, le replicó Javier friamente.

— ¡Oh! no quiero ver mas, no quiero hablar mas. Basta; separémonos...

— Separémonos, pues, señorita, contestó Javier con tristeza. Separémonos, pues, hasta...

— ¡Hasta cuándo!... interrumpió vivamente Sofia.

— Hasta nunca, señorita... Esta noche era la última para el mundo. Para los dos será la noche eterna. Adios, señora.

No podia Javier descubrir qué impresion habian hecho sus palabras en el rostro de su compañera; pero oyó que, sin ser poderosa á contenerla la concurrencia inmensa que los rodeaba, Sofia se ahogaba en sollozos reprimidos, y sintió que no podia soltarse de aquel brazo magnético.

Javier empujaba blandamente á Sofia á sitio donde pudiera hallarse mas desahogada y libre. Ella seguia sollozando y convulsiva, él habia quedado silencioso y pensativo.

En su movimiento de atencion, en la mirada respetuosa con que parecia suplicar á la jóven que arrancara de delante de sus ojos el tafetan que la ahogaba, habia una expresion tan suave y sincera de bondad, que Sofia reprimió su llanto como si hubiera sido el de la cólera. Javier no pareció insensible á esta demostracion, instantáneamente comprendida.

Estaba realmente enternecido. Parecia como si, despues de penosos esfuerzos para comprimir su corazon, le diera libertad para que asomara á sus ojos. Creyó Sofia percibir en sus párpados como un vapor de lágrimas; pero entonces todo la aterraba, y se estremeció. Zumbaba en sus oidos el eco de las palabras crueles de aquella mujer enmascarada, y las del mismo Javier, no menos duras. Quiso hablar, y sus expresiones fueron no menos acerbas.

— Mucho bien podia hacerme la ternura de Vd.; pero una mujer me dijo que era Vd. hipócrita, y otra mujer añadió que era Vd. egoista. Ella decia: «Húyele si rie, húyele mas si llora.»

— Puede Vd. huir, pues, y harto presto, respondió Javier, apoyando una tristísima mirada y cogiéndola ambas manos; sus ojos dejaban correr una lágrima, sus labios se dilataban con una sonrisa.

(Se continuará).